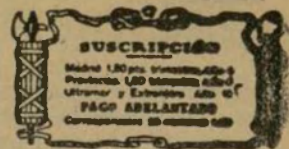




# EL MOTÍN



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 21 Agosto 1913.-Número 34.

SEMANARIO  
Rivadavia, 2222  
BUENOS AIRES

## Justicia distributiva

Desde el año 1873 hasta hoy, los salarios y las jornadas de los obreros ocupados en la industria algodonera no han tenido variación alguna. Es decir, que por iguales horas de jornada se cobra hoy un salario idéntico al de hace cuarenta años, y no decimos por idéntico trabajo porque éste es hoy mayor y más ingrato *gracias* á la introducción de perfeccionamientos mecánicos, que si intensifican la labor, también la hacen aburrida, tediosa y embutecedora.

Pues en ese tiempo, es decir, en menos, la industria tuvo el siguiente desarrollo:

Horas	
En 1878-79.....	691.346
En 1910.....	1.265 780
Aumento.....	574.434
O sea un 83 por 100.	
Telares comunes d mano	
En 1878-79.....	6.190
En 1910.....	1.130
Disminución.....	5.060
O sea un 81 por 100.	
Telares d la Jacquard	
En 1878-79.....	279
En 1910.....	501
Aumento.....	222
O sea un 79 por 100.	
Telares mecánicos	
En 1878-79.....	7.273
En 1910.....	49.663
Aumento.....	42.390
O sea un 582 por 100.	

En 1878 79 hasta 1.357 contribuyentes pagaban 340.328 pesetas, y en 1910, 1.492 contribuyentes pagaron 1.356.783 pesetas.

Es decir, que esta industria, más que por el establecimiento de nuevas fábricas, ha crecido por el desarrollo de ellas. Porque mientras el aumento de contribuyentes fué algo menor de un 10 por 100, el incremento de la capacidad contributiva subió á 268 por 100.

Cierto que en este tiempo aumentó la población, pero no en más de un 20 por 100. Teniendo en cuenta el factor incremento de población, encontramos que en 1878-79 la capacidad contributiva de la industria algodonera era de 28,15 pesetas por cada 10.000 habitantes y de 65 en 1910, luego el crecimiento, la *prosperidad* de esta industria mejor dicho, ha sido en menos de cuarenta años de 207 por 100.

Y tenemos este cuadro demoledor, formidablemente revolucionario:

Incremento por <i>prosperidad</i> de la industria algodonera....	207
Incremento del bienestar del obrero ó por aumento de salario ó por rebaja de jornada.....	Cero.
Encarecimiento de la vida por mayor coste de las subsistencias.....	61

¡Y ahora vengan sociólogos, moralistas, políticos, economistas y filántropos á hablarnos de civilización, progreso, difusión de bienestar, justicia distributiva y demás zarandajas!

J. J. MORATO

## A MIS AMIGOS

Agradezco mucho las manifestaciones de cariño y simpatía que durante la semana última he recibido. Y no sólo por lo nobles y sinceras, sino por lo desinteresadas. Saben todos que yo no acostumbro á insertar las felicitaciones y adhesiones que recibo, y sin embargo, me felicitan.

Extiendo mi agradecimiento á mis compañeros en la prensa, por la manera halagadora para mí con que se han ocupado del incidente desagradable del petardo.

Y satisfécha esta deuda, hablemos ahora un poco de *eso*.

## Alrededor de un petardo

### La parte oficial

Quedamos en el número anterior, en que yo continué ajustando el periódico mientras llegaban de la Comisaría.

Acababa de terminar el ajuste, cuando entraron dos inspectores y varios guardias en la administración; se enteraron de lo ocurrido (no por mí), recogieron el bote, la envoltura de papel, los clavos que había esparcidos en el pasillo, la carta del presunto suscriptor, y se despidieron.

Más tarde vino el jefe de investigación, Sr. Luna, hizo varias preguntas, tomó unas notas, y se marchó también.

Al día siguiente supe que no existía tal aspirante á suscriptor en la casa citada, y al otro fui á declarar al juzgado de la Universidad.

Referi el hecho tal cual me lo habían contado, dije que no sospechaba quién

podiera haber sido el autor, firmé la declaración y me retiré.

Queda narrada la parte oficial. Pasemos á la que me concierne.

### Mi indignación

Fué grandísima.

La pasión política disculpa y en ocasiones hasta justifica ciertos actos; mas nunca cuando revisten caracteres tan odiosos como la colocación de ese petardo.

No hay que atender en este caso al resultado, si no á la intención; y ésta no pudo ser más siniestra...

Ponerme un petardo tan pequeño, como si dijéramos, un petardo en la lactancia, con el malvado propósito de ver si al pasar yo en el momento de estallar me destrozaba el tacón de la bota, demuestra lo perverso de las almas viles que ejecutaron el acto criminal.

Afortunadamente la Providencia, que vela por los suyos y que tanto por mí se interesa, desbarató el plan diabólico, y salí ileso de la catástrofe espantosa.

Al ver, luego de pasado el pánico, la madera de la pared del pasillo horriblemente chamuscada, estuve por caer de rodillas, juntar las manos, elevar los ojos al cielo y encargar á las ondas herzianas de llevar á lo alto la fervorosa oración que tenía de antemano aprendida para cuando me soltasen un petardo.

Mas el temor al qué dirán, que tantos buenos propósitos paraliza, me impidió hacerlo.

### Una ilusión menos

Cuando allá por Octubre ó Noviembre del año último excitaron desde *La Trinchera* los Requetes de Barcelona á los de Madrid, á que acabasen conmigo en cualquier forma, ¿por qué no confesarlo?, sentí el orgullo de los elevados destinos, y soñé con un acabar digno de mí: una puñalada á lo Cesar... una bomba á lo Alejandro II de Rusia... Un tiro á lo Cánovas siquiera... Hasta pensé en la bendición de un obispo, recibida á quemarropa hallándome bajo los horrores de la digestión...

¡Mas ¡ay! qué despertar tan triste!... ¡Un petardel...! ¡Y chiccl...! ¡Y con poca pólvora!... ¡Y con clavos de poco más ó menos!...

¡Otro premio merecían mis trabajos!... ¡Mejor recompensa mis luchas!... ¡Cruz más honrosa mis hazañas!... ¡Corona más soberbia mi ambición!

### Lo que no perdono

Aun cuando lo que se ha hecho conmigo merece todas las execraciones, yo lo perdonaría (¡perdoné tantas ofensas



mayore!), si á la intención de destrozar mi cuerpo, vaso de podredumbre al fin, no viese unida la de perder mi alma.

Esta idea me estremece, me anonada, me horripila, y me ordena cerrar con tres llaves y doble vuelta el arca santa del perdón que en mi pecho tuve siempre guardada.

Si el petardo, á pesar de ser inofensivo, estalla por milagroso accidente (para Dios nada hay imposible), y esparce súbitamente por el suelo mis restos ensangrentados, sin darme tiempo para lanzar un supremo grito de atrición, que seguramente habría llegado al fúlgido trono donde se asienta la Bondad Infinita, ¿qué hubiera sido de esta mi pobre alma, por cuya salvación eterna tantos y tan notorios sacrificios he hecho? ¿Pensar en que podía haber ido, y por toda una eternidad, á sufrir tormentos inextinguibles en el Infierno, sólo porque á un par de ciudadanos les vino en mentes destrozar mi cuerpo, muy pecador, sí, pero al fin y al cabo templo vivo de Dios, según testimonio del Espíritu Santo?

¡Oh! ¡No, no y cien veces no! ¡Esto no lo perdono! Sería un acto de soberbia superior al del Angel Caído. El se contentaba con igualarse á Dios. Yo, al conceder ese perdón, aspiraría á superarle.

Si, á superarle. Dios condena al fuego eterno á todo el que no vuelve los ojos á El al morir. ¿Y voy yo, microscópico grano de arena perdido en la inmensidad de los mundos, á perdonar á los que han pretendido impedir que pueda yo volver hacia El los míos al espirar? No, parecería que trataba de darle una lección.

## Sobre lo mismo

Como nunca me habían puesto un petardo, ignoraba lo distraído que es oír las diversas apreciaciones que los acontecimientos de esta clase inspiran.

Viene uno y me dice:

—Ese es un aviso. Mucho ojo. Tome usted precauciones. Esa gente es muy mala.

—¿Qué gente?

—Los clericales. ¿Quién ha de ser?

—¿En qué se funda usted para suponer que sean ellos?

—En que lo odian á usted.

—No me da usted ninguna noticia. Pero de eso, á que se proponen á suprimirme, hay alguna distancia.

—Quizás no tanta como usted se figura. Ese petardo prueba que piensan constantemente en usted.

—En agradecimiento sin duda á lo mucho que yo pienso en ellos.

—Andese usted con chirigotas y ya verá algún día.

—¡Pche!

—¿Cómo! ¿Se alegraría usted que lo atropellaran, ó lo escabechasen, como usted dice algunas veces en broma?

—No; crea usted que lo sentiría, (si me dejaran tiempo para enterarme.) Y bien mirado, no debería sentirlo. A mi

edad, sirviendo ya para bien poco, y teniendo hecha mi labor, ¿qué más da acabar de un modo que de otro? Por lo pronto me ahorraría las molestias de la última enfermedad. Pero no lo deseo, no. No sé que tiene esta cochina vida, que hasta los mismos que creen tener segura la eterna, procuran alargar su estancia en ésta, cual si dudaran de la certeza de la otra.

—No hay manera de hablar en serio con usted. Hasta otro día, y no olvide mi advertencia. ¡Mucho ojo!

Otro llega y me habla así:

—Desde que lo sentenciaron á usted á muerte en *La Trinchera*, esperaba esto.

—Pues yo no. Entre otras razones, por que, si para mí no es negocio el desaparecer violentamente, para ellos lo es menos. Calcule usted, que en lugar de ese conato de tentativa de petardo, hubieran puesto un petardo decente, ó una bomba á la altura de mi categoría anticlerical. ¿Qué pasa? Que se libran de mí, pero convierten mi nombre en grito de guerra. Y así como ahora se dice para luchar contra los moros, *¡Santiago y ellos!* (sin ningún resultado por cierto), entonces se diría: *¡Nakens y á ellos!* para escabear curas, frailes y demás, gente ordinaria, y seguramente con buen resultado.

—Usted siempre con bromitas. Pero no se duerma, no se duerma... Esa gente es capaz de todo.

Otro, después de felicitar me por no haber sufrido desperfecto alguno, me apunta:

—Tengo una prueba de que han sido los clericales.

—¡A ver, á ver!... Venga.

—El haber traído envuelto el petardo en *El Correo Español*.

—Yo creía, por el contrario, que eso probaba que no han sido ellos. Equivaldría á tanto como haber dejado la tarjeta.

—No le suponía á usted tan cándido: pensaba que conocía mejor á esa tropa. Nadie como ellos para probar coartadas. Seguramente se dijeron: llevando el petardo envuelto en un periódico clerical, nadie sospechará que somos nosotros.

—Mucho alambica usted, amigo.

—Es que los he tratado bastante. Estuve cuatro años en un Seminario.

Otro viene á verme y me dice con mucho misterio.

—Anoche tuvimos reunión en tal parte, y acordamos que siete correligionarios de los más jóvenes fuesen poco á poco estudiando el modo y forma de ingerirse aisladamente en círculos y centros clericales, confesando y comulgando si es preciso, para ver si podemos irnos enterando de lo que contra usted se trama. ¿Qué le parece á usted?

—Muy mal.

—¿Cómo!

—Sí, hombre, sí; muy mal. Tenga usted la seguridad de que no fraguarán complot alguno contra mí. No les tiene

cuenta. Un atentado serio podría tener para ellos fatales consecuencias. Si no hoy, mañana. Y no son tan torpes como usted cree.

—Cada loco con su tema. Dios haga que le pese usted algún día haber sido tan confiado.

—¿Dios?

—¡Ja! ¡Ja! Usted dispense. Es una mala costumbre.

Lo habrán mareado á usted mucho esos días, me dice otro.

—Sí, un poquito. Si hubiera podido ocultar lo del petardo, lo habría hecho. Ya lo pensé. Pero sonar un petardo en la redacción de *EL MOTIN*, y no avisar á la Policía, hubiera infundido sospechas. Hasta pudiera haberse creído que yo había asesinado á alguien, y estaba deshuesando el cadáver para echar los trozos de carne en el retrete.

—¿Qué cosas tiene usted!

—No pude hacerme el distraído, no. El ruido de la detonación fué bastante escandaloso. Estos incidentes menudos molestan más que los grandes. Los detalles resultan ridículos á veces.

—Sí, tiene usted razón.

—¿A qué no sabe usted lo que peca me ha sentado de todo cuanto he oído? La pregunta que, unos por deber y otros por cariño, han repetido más. «¿Sospecha usted de alguien?» De nadie absolutamente. Sólo sé que ni Pío X, ni el Nuncio, ni D. Jaime, ni Mella han sido, y no siendo estos, maldito lo que me importa averiguar quién haya podido ser. Había de saberlo y no lo diría. Si fueron inducidos, por ser los menos culpables; y si siguieron sus propios impulsos, por imbéciles. Además ¿quién me dice que esos que han comenzado el aprendizaje de petardistas en *EL MOTIN*, no pueden perfeccionarse en su profesión, y acabar tirando bombas en el colegio de jesuitas de enfrente? ¿Acaso no intervinieron varios alumnos de los escolapios de Barcelona en el incendio de su convento en 1909?

¿Qué hubiera usted hecho, me pregunta otro, si estalla el petardo estando todavía dentro de la casa los que lo pusieron, y puede usted aprehenderlos?

—No lo sé. Realmente me pone usted en un aprieto. La poca importancia del petardo, y su resultado negativo, hubieran por lo menos hecho vacilar. Lo que sí puedo asegurarle, es que si llego á ceder al mal pensamiento de entregarlos á la autoridad, me hubiera pesado luego. Fui siempre muy indulgente con los profesionales de la tontería.

—Bier, pero la intención...

—No fué buena, lo reconozco; pero como no la coronó el éxito, en el pecado llevaron la penitencia.

—¿De modo que usted no cree que eso obedece á un plan, que haya habido quien excite á los autores?

—Ni por pienso. Lo hubieran hecho mejor.



—Veo que es usted si bradamente confiado.

—No viviría tan tranquilo como vivo si no lo fuera. Quizás no pase una semana sin recibir cartas y anónimos amenazadores. Voy á buscar en este legajo de papeles algunos que guardo, para que vea usted el estilo.

—Es curioso.

—Aquí tiene usted uno de los más notables. Lo recibí allá por Octubre del año último, y voy á publicarlo con su propia ortografía:

Sr Jose Naques

Mi abominable y canalla amigo. Yo joben obrero y carlista sin pertenecer al círculo de Madrid ni aninguno de provincias toma la pluma para repetirle mil veces que V. es un canalla simberguena en fin un aborto del infierno y que yo no estoy dispuesto á tolerar que V. ni nadie diga esas calunias de los carlistas pues al decir que los carlistas son unos canallas solo llama V á mi padre (Q E P D) y entonces los insultos que V. dirige á los carlistas se los dirige á mi pobre padre que murió hace un mes des pues de militar toda la vida en los ejércitos carlistas y recibir al servicio de D. Carlos VII, (Q E P D) 10 balazos y 3 eridas de arma blanca.

Como no nombra en esa brillante Historia los crímenes de la semana sangrienta de Barcelona donde se ataca á un convento que hay 600 niños y hasta cuerpos podridos ya de relijiosas son arrastrados por las calles por esa canalla semejanza tuya.

No encontrara en esta carta bien redactada ni con Ortografía pero si la escribe un brazo capad de seguir V. en esa campaña de romperle la cabeza de un balazo á las fieras como V. se las quita del medio por cualquier medio.

Cese pues en esa campaña pues yo le juro que si en el numero proximo dice algo de nosotros su cabeza no pensara mas barbaridades y desaparecera un canalla del mundo.»

(Aquí su nombre y firma, las señas de su casa y la obra en que de albañil trabajaba entonces).

Envíe á un amigo de confianza á comprobar si era cierto que aquel desdichado trabajaba donde decía, y efectivamente, allí trabajaba.

—¡Qué imprudencia!

—Y tanto. Pues bien: supóngase usted que yo, seguro de que existía el individuo de la carta, doy parte al Juzgado, lo prenden y lo condenan. ¿No hubiera sido una acción mala, ó por lo menos una ligereza, puesto que nada intentó luego contra mí?

—Pero usted no sabía si pensaba hacerlo ó no. ¿Y si lo hubiera hecho?

—Entonces... Entonces hubiera visto lo que me tocaba hacer, (si quedo para contarle), atendiendo, como dicen los sabios Ordenanzas, á *dejar siempre bien puesta la subordinación*; esto es, á quedar satisfecho de mí.

—Tiene usted una manera de ver las cosas...

—No recomiendo á nadie que las vea del mismo modo; trae sus contrariedades, sus disgustillos y sus desengaños. Pero cada uno es como es, y yo soy así; un es-

carmentado que no escarmienta. Cuando vuelva otra vez á este planeta, procuraré proveerme de ideas más razonables.

—Pues si usted mismo reconoce que no son razonables las que hoy tiene, ¿por qué no las rectifica?

—Porque sería necedad, para el poco tiempo de temporada que me queda por aquí.

—Se me ocurre una cosa.

—Hable usted.

—Desde que se dió la noticia del petardo, el autor de la carta esa debe estar con el alma en un hilo.

—Es posible, porque no me conoce. Aunque debería bastarle el saber que yo no soy clerical, es decir, soplón, esbirro, espía... Ahora me alegro de haber sacado á colación esa carta, porque así quedará tranquilo del todo, viendo que jamás daré su nombre ni sus señas.

JOSE NAKENS

## Genealogía piadosa de los petardos

Piano... piano...

Se va lontano...

¡Ese va sano!

¿Qué cómo bay que tomar el petardo estallado en la Redacción de EL MOTIN?

¿En broma ó en serio? ¿Hay que tomarlo ó hay que dejarlo?...

Posible es que Nakens lo tome en broma.

Es la especialidad de su genio: reír y hacer reír. Nadie como él ha conocido aquí la fuerza destructora de la risa. Los endriagos y gigantones del otro mundo, que eran espantajo del pueblo español, han sido destruidos más que por los terribilísimos argumentos kantianos, por las endiabladas risas del volterianismo. Es el secreto del marido aquél, que mató siete mujeres... haciéndoles cosquillas. La víctima muere desternillándose de risa. El cadáver no queda con la mueca horrible del dolor agónico, sino con la bendita expresión de los bienaventurados, con la risa en todo el cuerpo.

¿Lo que ha hecho reír y lo que hará reír todavía la pluma de Nakens!...

El petardo le servirá, de seguro, para una nueva risotada. Riámonos, pues...

Quando Dios larga un rayo á la tierra, ya es sabido: en la Iglesia cae. En esto el Señor da á entender la tirría que tiene á esa gente.

En cambio ni en Madrid, ni en Barcelona, ningún petardo estalla en las Iglesias, en plena solemnidad episcopal, que es donde el petardo causaría mejor efecto y prometería espectáculo más estrepitoso, que parece ser el objeto de los petardistas...

Me huele esto á requeté jesuítico puro, aficionado desde añejos tiempos á correr la pólvora y á jugar con fuego. ¡Como que el nombre de Ignacio dicen

que quiere decir esto: fuego... estallido... como si dijéramos, ¡bomba va!...

Esto sostiene Mir en su libro, haber sido la Compañía: un petardo en la Iglesia. Y también lo dice Cejador en otros términos: *una linda pega*. Y una bomba de pega es eso: un petardo.

Tenemos, pues, en Madrid los petardistas. Después del Congreso Eucarístico, el petardo... No va mal la hilación de ideas. Esto puede significar que en días próximos, el devoto acudirá á la procesión con la vela en una mano, y la bomba en la otra. Con lo cual nuestros católicos habrán quitado á la frase de Cristo su valor metafórico, y la realizarán al pie de la letra: «fuego vine á traer al mundo, y eso quiero: que arda». «No vine á traer la paz... esa paz del *Pax vobis*... sino la espada... La espada de Polavieja y Simón de Monfort...

Bien que eso de los petardos es cosa de mal gusto: mucho ruido y pocas nueces.

Imaginemos por un momento (no porque sea realidad, sino por simple imaginación en virtud del derecho que tiene la fantasía á inventar cualquiera locura); imaginemos que en lo de este petardo hubiera ocurrido lo que dicen que ocurrió en Francia con Enrique IV, á saber: que el P. Algodón (Cotón se llamaba) inspiró á Ravaillac la idea de asesinar al rey; y en habiendo caído, fué corriendo al palacio como hombre muy dolorido y atragado, llorando por fuera y riendo por dentro, diciendo á todos los cortesanos:

—¡Esos hugonotes... esos protervos hugonotes!...

—Si no han sido los hugonotes, padre —le dijeron,— ha sido un jesuita.

—¡Un jesuita!...—dijo el piadoso confesor del rey...—¡Un jesuita!... Pues... es lástima que no haya sido un hugonote...

¿No es el dicho de Coton (Algodón) un verdadero petardo?

Supongamos, pues, que el inspirador de nuestro petardista fuese un jesuita de los de la casa de enfrente, que á la hora convenida atisba desde una de las almenas de su castillo el espectáculo que va á producirse en la redacción.

¿Cómo se reiría, el condenado!

No ocurrió lo de Enrique IV. Ningún Padre Algodón fué á la redacción á lamentarse. Es verdad que Nakens no tiene confesor.

No me negará el lector que sería un cuadro delicioso el de sorprender á un jesuitón de esos, reverendos, agachado allá y riéndose con risa de... jesuita...

¿Que esto es calumnia?

Pues no se crea que los jesuitas ignoran los mágicos efectos de un bote de hoja de lata cargado de pólvora estallando en casa del vecino...

¡Sí, señores!... Ignacio inventó el procedimiento, según malas lenguas de los católicos antijesuitas de Alcalá.

Sucedió como sigue.

Salió Ignacio por las calles, descalzo



y vestido con un saco, á pordiosear. Topó con un corro de jugadores de pelota. En él había un pariente sayo, llama lo Lope de Mendoza.

—Pártame un rayo si ese hipócrita no merece la horca—dijole don Lope al Sinto.

¡Tal que dijiste!.. Aquel mismo día corríase la pólvora por el nacimiento de Felipe II. Don Lope subióse al tejado de su casa llevando en la cintura un bote de pólvora del tamaño y calidad del bote de café hallado en nuestra Redacción:

¡Pum!... hizo de repente el bote...

Había estallado el petardo, y cátese á nuestro Lope patas arriba y hecho cisco.

—Yo no lo quería—dijo Ignacio con piadoso mellindre á su amiga Mencía Benavente.—Yo no lo quería... Pero Oiro Amigo mío lo quiso...

—¿Quién fué ese amigo tuyo?—preguntó enseguida la justicia.

Y no dijo, como el padre Cotton:—«Un sinvergüenza hugonote»... Sino que dijo muy santamente:

—¡Ha sido Dios!

—¿Dios?...—dijeron los alguaciles y los jueces.—¿Dios, eh?... Y ¿qué hacemos con Dios?...

—¿Qué le vamos á hacer?—dijo el Presidente.—¡Alabado sea para siempre!

H: aquí al Dios de Ignacio metido á petardista, para vengar los agravios de su devoto.

Si el petardo de EL MOTIN llega á surtir los efectos de aquel otro ignaciano, es posible que el hecho pasase á la causa de canonización con este titulejo:

—«Milagro estupendo... Una mano invisible, movida por la Providencia, colocó un petardo en la redacción de EL MOTIN y hace polvo al satánico y protervo Nakens...»

A los tiritos esos de manos invisibles, los frailes les llaman *tiros de la Providencia*.

¿Qué duda cabe que en este petardo la Providencia tiene su parte? «El petardista se meve: Dios le dirige» dicen las Escrituras.

De modo que en lenguaje clásico de la *Defensa Social*, podemos decir:

«La Providencia hizo que estallase un petardo en casa de Nakens...»

¿El Petardo de la Providencia? ¡Vaya una frase que nos da la Teología!

Si no se tratara de la augusta Providencia, sería cosa de reír á boca llena. Pero no: en este caso la Providencia no ha podido ser más pródiga con Nakens. D:riase que le ha tomado bajo su especialísima tutela, desviando el tiro... digo, el petardo.

Sólo faltaba que lo hubiese llevado á la casa da enfrente, en el momento de entrar ó salir el Nuncio...

Petardo inocente ha sido este.

Pero al cabo y al fin, petardo.

Jugar con pólvora se llama esta figura. Quizás eso de los petardos sean ejercicios y simulacros del *requeté*. Antes de meterse en hoaduras de bombas, no es

indiscreto ensayar el acto de componerlas y sobre todo el arte de colocarlas con disimulo, saber la duración de las mechas.

Por lo pronto los petardistas han hecho este descubrimiento: en Madrid hay manera de colocar explosivos en la misma redacción de EL MOTIN y ponerse en salvo.

Lo mismo tarda en estallar un bote de café, que una máquina infernal.

¡Ánimo, valientes petardistas, ánimo! Y no confundáis la acera.

Porque los padres jesuitas cuentan con excelente policía, con una *Defensa social* infatigable... y si me apuráis os diré que en el colegio de Lisboa tenían minas repletas de bombas y en Barcelona ametralladoras.

¡Ojo, pues, y no confundios!

Que el Ángel de la Guarda os encamine, y el Señor os lo pague.

R. MAYOL

## Un arzobispo republicano en España

Procedente de Génova llegó á Valencia el vapor «Montevideo», conduciendo á bordo al arzobispo Nouel, ex Presidente de la República de Santo Domingo.

El cónsul subió á bordo para cumplimentarle, y el arzobispo bajó después á tierra y en el coche del alcalde fué á la la catedral, visitándola detenidamente acompañado de una comisión del Cabildo. Luego se trasladó á la capilla patronal, subiendo al camarín y oyendo misa, que dijo el capellán. De regreso al barco dejó tarjeta á las autoridades.

A las tres de la tarde le visitaron en el barco el alcalde, el gobernador civil, el presidente de la Diputación y un ayudante del capitán general.

A las cuatro zarpó el «Montevideo», en el que va el arzobispo Nouel á Puerto Rico y Santo Domingo.

Buena ocasión perdieron los requetés valencianos, para haber realizado alguna de sus ahorcables hazañas: apedrearlo por republicano, y ponerse á cuatro patas para alorarle por obispo.

## CONSEJOS AL CARDENAL AGUIRRE

### Sobre el Catecismo

Mi señor Cardenal: á fuer de hombre honrado se me haría llevadera la campaña esta del Catecismo de la cual se ha hecho cabeza, si alguno de ustedes fuese capaz de probarme, no digo de convencerme, de la licitud de la enseñanza del Catecismo y de su honestidad.

Si su Paternidad me dijese que es un ardid político, necesidad de un partido, negocio de una industria más ó menos caballeresca... todo eso le concedería y daría por terminado el problema. Sería un negocio de charlatán de sus cósimiles.

Pero no: ustedes no dicen eso, y aun combaten sin cuartel como gentes calumniadoras y maldicientes á quienes les imputan tal intención. Ustedes no aceptan la categoría de caballeros de industria y de

vividores, ó para hablar el lenguaje de su Iglesia, no quieren ser conocidos ni llamados especuladores de la casa de Israel, negociantes de la fe, vendimiadores de la viña ajena... Ustedes pretenden convencernos de la piedad, sinceridad, honradez y formalidad de ese magisterio, así como de la solidez de sus doctrinas.

Y este punto es el que conviene dilucidar y el que presento á Su Eminencia para su solución y respuesta: y si Su Eminencia no juzgara propio de su elevadísimo solio prestar oído ó prestárselo de mercader á esta cuestión, ni bajarse cristianamente á discutir según le enseñaron San Pablo y San Pedro; si esto no creyese decoroso para su majestad episcopal y franciscana, no por eso debe entender Su Eminencia que quedan perdidos estos escritos; antes leeránlos otros que aprenderán en ellos á formular á otros obispos estas mismas cuestiones, que serán oídas seguramente con iguales oídos de mercader, hasta que se presenten en la forma aquella rectamente llamada contundente, en que las lenguas se cambian por estacas y las razones por indirectas del P. Cobos. Que así se cura la sordera de los ciegos más empedernidos.

Por lo cual, lejos de molestarnos á los de acá la soberbia altivez de los de allá, por más que sabemos que el grueso del pellejo de unos y de otros es el mismo, y con poca diferencia es igual la estatura; lejos de dañarnos tal soberano desaire, suele complacernos en ese instinto de perversidad, indeleble en el hombre, de gozarse en el castigo que se ve venir sobre el despreciador de los consejos.

Y como quiera que este día ha de llegar irremisiblemente... en aquel freir será el reír... y váyase esto por aquello.

Vamos, pues, á la cuestión. ¿Es lícita la enseñanza del Catecismo? ¿Es una función moral ó una función inmoral?

Ya ve, señor Cardenal, que no nos andamos por las ramas, sino que descarnamos de golpe la raíz, y á ella apuntamos la segar demolidora.

Porque si esta enseñanza fuese inmoral... ¡ya ve, señor Cardenal, á qué condición quedaba reducido este magisterio... á la condición de esos oficios vergonzosos en la sociedad, y apenas tolerados por temor de que el remedio fuese peor que la enfermedad misma.

Y no voy á hablar de las cien y una immoralidades menudas y de mejor cuantía que saltan como gazapos en coto salvaje, en las páginas del Catecismo. Refiérome á la cuestión fundamental, como si dijéramos original y cardinal, de donde proceden y dimanen todas las funciones.

Y en este sentido, establezco por vía de conclusión indiscutible, ó de *tesis á discutir*, ó como quiera, esta afirmación:

«La enseñanza del Catecismo es una inmoralidad».

Y la prueba va á ser terminante y de las que no tienen réplica y fundada directamente en la experimentación, á saber:

Esta enseñanza se da á discípulos ignorantes, llenos de buena fe y de confianza en la honestidad y probidad de los que se le presentan como Maestros.

La fuerza coactiva de esta enseñanza, no está en los argumentos y demostraciones, eliminadas de tal procedimiento instructivo; lejos de enseñar al alumno á disculpar y á formar convicción personal, para ver primero lo que ha de creer después, se le desencamina, se la pervierte, se le pierde y se le extravía de este cami-



no del hombre racional, y se le enseña y se le ejercita, hasta constituir hábito vicioso e incorregible, á huir del examen personal y de la mansa de pensar: se le aterroriza é intimida con el pecado de la *Duaa*, única que podría librarle de la perdición; se le obliga á entregarse todo y para todo al Maestro, y se le hace creer, como principio universal de su lógica, que el maestro sabe lo que le enseña, que por saberlo el maestro éste lo cree, y por creerlo lo enseña. Y con esta serie de pasos lógicos, se la ha apartado de aquella senda humana, *ver para creer*, y se le ha convertido en animal invertido: creer, para ver. No cree lo que ve, y en cambio ve lo que cree.

¿No es esto, señor Cardenal, invertir las funciones anímicas, que ustedes dicen? ¿No es esto hacer servir de inteligencia, la voluntad, y de voluntad la inteligencia es decir, no es esto *prostituir e invertir* las facultades del alma? Así parece según la Moral y Psicología que ustedes enseñan en sus seminarios. Y siendo así, dígame señor Cardenal: ¿No hay mil textos en sus santos Padres, Papas y Doctores, en donde se prueba y explica que la prostitución de las almas es mucho más deshonesto, vil y culpable que la prostitución de los cuerpos?

Tal es, en su dinámica esencial, ese magisterio del Catecismo.

Pero hay otra inmundicia con la cual vamos á terminar la tarea: á saber, el engaño y abuso de confianza que se cometen con el discípulo. A él, el maestro le habla como que es sabedor, conocedor perfecto y honrado convencido de lo que enseña: él sale garzante de la verdad de los predicados catequísticos. Esto hace S. E. con sus párrocos y el párroco con sus feligreses.

Y yo le pregunto, señor Cardenal: ¿qué sabe usted de Dios?

S. E. no sabe nada, absolutamente nada: y tanto es así, que si supiera de Él, no digo el todo que imaginan sus diócesanos, sino una parte cualquiera que fuese, ya dejaría de ser el Dios infinito, que ustedes dicen, que por ser infinito está infinitamente alejado del conocimiento humano, en el todo y en las partes, ya que no tiene partes. Y no sabiendo qué es Dios, ¿cómo puede saber si existe ó no, ni dónde, ni cómo, ni cuándo, ni lo que hace, ó piensa, ó dice? ¿Cómo va á saber si Cristo es Dios, ni si Dios es Cristo, ni si Mahoma deja de serlo?..

Cualquiera cosa podrá usted concebir y fabricarse é imaginar: pero en cualquiera definición que haga, al aplicarle el nombre de Dios, yerra y se contradice á sí mismo, y cae en el absurdo.

Si este concepto «Dios» es la base fundamental del Catecismo, y en ello ocurre lo susodicho, lo propio ocurre en todo lo demás. No saben nada de nada: hablan por hablar. Tanta razón tiene el católico para afirmar lo suyo, como el mahometano para afirmar lo contrario. Enseñan lo que no saben.

Y esto Su Eminencia debe saberlo: y si no lo sabe debe aprenderlo: y en todo caso no le es lícito simular una ciencia y una creencia como fundamentadas en conocimientos perfectos no teniendo más base que sus imaginaciones ó las de otros no más autorizados ni sabios que ustedes.

Y he aquí la conclusión: ¿Es honesto, lícito y tolerable engañar al inocente, abusar de su confianza y prostituir sus facultades más íntimas y sagradas?

S. PEY ORDEIX

## Ahí se las den todas

En tanto que sus fieles vasallos luchan á muerte contra los europeos, el Sultán de Marruecos Abd-el-Aziz, que fué destronado por Muley Haffid, se encuentra en París de temporada, sin encontrar manera de matar el tedio.

Sus servidores procuran por todos los medios proporcionar diversiones á su señor; pero es inútil, pues el ex Sultán no rie nunca.

Hace unas noches fué á un gran *music hall* de Montmartre, y contempló impasible á las *sultanas* más ó menos avariadas que, con trajes ligerísimos, se encendían en la escena, cantando intencionados *couplets*.

Un intérprete traducía á Abd-el-Aziz las gracias de las canciones, que no le hacían ninguna al imposible moro, que ni hablaba ni reía.

Únicamente cuando apareció en escena el gigantesco negro boxeador Jack Johnson, se permitió sonreír Abd el Aziz, y dijo:

«¡Además de boxeador, sería también un magnífico esclavo!»

¡Brava frase de tirano! Por ella merecía que los franceses entregasen á sus antiguos súbditos ese animal, para ver si entraban en ganas de apretarle el cuello.

El día 31 del pasado se presentaron en la Iglesia de Bailén unos novios para casarse, y porque se habían retrasado media hora, el cura les hizo esperar tres.

Buena ocasión para haber dado doble derecha con todo el acompañamiento, y comenzado desde aquel día á preparar el matrimonio civil.

Y hubiera ido el cura, bonete en mano, á pedirles perdón por su exabrupto, y á suplicarles que volviesen á casarse á la iglesia.

¡En el bolsillo, en el bolsillo, ahí es donde hay que darle!

No me cansaré de repetirlo.

## La liga Española para la Defensa de los derechos del hombre

### Del enemigo el consejo

Postándole de epígrafe este subtítulo, *El Debate* convoca á todos los católicos en un artículo de alarma, encareciéndoles la maravilla de que hayan podido unirse por hombres de todos los campos avarazados, en un *programa mínimo*, y excita á todos los católicos á hacer otro tanto.

Al leer el escrito del belicoso colega ocurre preguntar: ¿pero qué clase de unión necesitan los católicos y qué clase de programa mínimo?

Si son católicos, no se concibe donde puedan estar desunidos, ni en qué ni para qué. Desde el programa mínimo del *Creo*, hasta la unión para fusilar á Ferrer

y Clemente García, la *comunidad* es perfecta, en la sangre de Cristo y en la sangre de Ferrer.

Tantas y tales son las definiciones dogmáticas, las encíclicas y las Reglas sinodales que constituyen la esencia del catolicismo, que no es posible la menor divergencia, no ya en el creer, esperar y amar de la primitiva Iglesia, pero ni siquiera en el rascarse, toser, bostezar, andar, odiar, perseguir, maldecir, hacer hijos, deshacerlos, etc... Todo está previsto y tasado por el Pontífice, en el cómo, cuándo, dónde, cuánto y con cuáles ceremonias.

Y esta unión en todas estas cosas está impuesta de tal manera, que ningún católico puede separarse de ella sin hacerse reo de la sangre de Cristo, que dice el Papa, ó sin hacerse satélite de Satanás, que dicen los jesuitas.

¿Cabe mayor unión?

¿A qué vienen, pues, estas quejas eternas de los católicos, anunciándonos que están desunidos, que no se entienden, que por esto no pueden dar un paso, y que, divididos como el reino del Anticristo, se ven acosados y vencidos á cada paso?

Quizás sea exceso de unión lo que produce la confusión y algarabía católica.

Quizás las ligas sean lo que les cobra y estorba, constituyendo un enredo enmarañado. Pero sea de esto lo que sea, vengamos al caso concreto que motiva el artículo de *El Debate*.

Tienen no sólo una Liga, sino una Iglesia, terrible, vengativa, con medios prácticos y secretos, poderosa en dinero, en política, en osadía, en artes difamatorias, cuyo puño alcarza á las regiones más altas y penetra los últimos estrados sociales.

¿Necesitan alguna Liga más que esa, con su jesuitismo para los trabajos de zapa, con su *Defensa Social* para las batallas de compromiso, con *requets* de barateros, con magistrados y jueces humildes siervos suyos?... ¿Y todo pagado y costeado con el dinero del pueblo español enemigo del catolicismo?... ¿Qué más quieren?

El diario clerical no es sincero; no quiere confesar el vergonzoso mal que padece la Iglesia, que es precisamente lo contrario de lo que el articulista supone; á saber, la plétora de vida que produce las hemorragias intensas y la corrupción de sus órganos vitales. De esa plétora es prueba la misma prensa católica, que se publica porque sí, sin objeto ni finalidad, por hacer que se hace y por prurito de mas turbación cerebral.

Y no teniendo de qué hablar, á no ser que se metan á reproducir cada año el misal, toman pie los periódicos de cualquiera incidente para chillar, simular celo, alborotar á sus creyentes y hacer que hacen. Han visto la circular de la *Liga de defensa de los derechos del hombre*... y ya están los trompetas de Israel atronando sus templos.

Pero lo denoso del caso es que el órgano clerical se alarme por los propósi-



tos manifestados en el programa de esta Liga de laborar por la efectividad de los derechos del hombre en favor del ciudadano español sancionados en los Códigos.

No se alarma del escándalo resultante del triste hecho de ser necesaria en España una Liga especial para hacer cumplir lo que la Monarquía y sus gobiernos han jurado y prometido cumplir y hacer cumplir; que para eso cobran y por trabajar por eso justifican los sueldos que perciben sus gentes. No se alarma de este escándalo el diario jesuita, sino de que se trate de hacer efectivos esos derechos escritos, es decir, de que se pretenda que la ley sea ley y el orden orden.

Para ello convoca su Liga de trabuqueros y requetés pervertidores de estas leyes y mantenedores de la actual perversión.

No le basta al catolicismo la tolerancia de sus intolerancias en todos los órdenes de la vida: necesita además esta inviolabilidad de sus gentes y agentes en la violación de las leyes, que en último resultado no es más que la prevaricación de la autoridad y la anarquía en provecho de la Iglesia.

Y pues el colega recuerda a este propósito el refrán «del enemigo el consejo» y pues duele al alma del catolicismo entrever la posibilidad de ser traídos a la barra los habituales transgresores de estas leyes, sea pronto un hecho, y no una liga de baile de las que suelen usar nuestros caballeros de la Jarretiera liberal; sino un hecho serio, que haga sentir al clericalismo el acierto de su alarma y lo fundado de sus temores.

Del enemigo el consejo.

## Robo insignificante

De la iglesia de Santa Catalina de Valencia han desaparecido dos cálices, doce copones, dos candelabros, la corona de la Virgen y varias ropas. También aparecieron fracturados los cepillos.

Se calcula en 2.000 pesetas el valor de todo.

Casos de pocas pretensiones han sido los que se han expuesto a ir a presidio por esa miseria.

¡Dos mil pesetas! Poco valor tenían los tales artefactos del culto. Si se averiguara que el robo había sido doméstico, no me extrañaría.

## Muerte de Bebel

En un pueblecillo del cantón de los Grisons, donde se hallaba atendiendo al restablecimiento de su salud, molestada gravemente por una afección hepática, ha fallecido el campeón del socialismo alemán, Fernando Augusto Bebel.

Bebel ha muerto abatido por las penas. Hace dos años que su hija murió loca, y ahora veía padecer grandemente

de una enfermedad crónica a su esposa. Efecto de estos dolores morales, su corazón se paralizó, y ha dejado de existir.

La muerte de este insigne paladín de la causa democrática, ha merecido del mundo político é intelectual el honor máximo á que puede aspirar un soldado de las ideas.

Para realzar su mérito, nada más expresivo que buscar su elogio en los que fueron adversarios natos de sus ideas, contradictores de sus campañas y perseguidores de su persona.

Complace poder depositar en su túmulo esta corona de respeto que le dedica *La Epoca* del día 14:

«El socialismo ha perdido, con la persona de Bebel, una gran figura. Orador excelente, organizador temible, hombre de alta mentalidad y de prestigios innegables, Bebel era una cumbre en el movimiento socialista contemporáneo.

»Fernando Augusto Bebel había nacido en Colonia el 22 de Febrero de 1840, contando, pues, la avanzada edad de setenta y tres años.

»Huérfano en edad temprana de un suboficial del Ejército prusiano, Bebel tuvo que aprender á buscarse la vida. Por ello aprendió el oficio de tornero en Brauweiler y Vetslar, trasladándose á Leipzig el año 1860, donde se estableció como tal tornero.

»Ya se distinguía por su afición á las ideas socialistas, siguiendo con entusiasmo el movimiento del proletariado alemán, á impulsos de los rumbos que le había impuesto Lasalle.

»En 1865 fué nombrado en Leipzig presidente de la Asociación para instrucción de obreros, y dos años más tarde presidía la Comisión permanente de las Sociedades obreras alemanas.

»En 1869 asistió al Congreso de Eisenach, representando á 6.000 obreros, y allí fué uno de los fundadores del partido democrático socialista.

»La primera vez que Bebel tuvo asiento en el parlamento fué en el año 1871, elegido por el distrito de Glanachau Meerane, al que ya había representado, hacía cuatro años, en el Parlamento aduanero de Zolloverein.

»Bebel ha sido un propagandista formidable de sus ideas. Lo ha sido en el libro, en la Prensa y en la tribuna.

»A diferencia del partido acaudillado por Lasalle, de tendencias exclusivamente nacionales, Bebel mantuvo siempre estrechas relaciones con la Asociación internacional obrera, acaudillada por Carlos Marx en Londres.

»Por sus ideas socialistas ha sufrido en 1882 una condena de dos años y nueve meses de prisión, y la pérdida de la investidura de diputado, otra condena de nueve meses en 1886, y un destierro en Planen.

»En los Congresos internacionales ha desempeñado un brillante papel.

»Desde 1892 presidía, en unión de Singer, el Comité directivo del *Vorwärts*, periódico órgano del partido.

»Era autor de muchas obras, entre ellas *Nuestro objeto*; *La guerra de los campesinos en Alemania*; *Cristianismo y socialismo*; *La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir*; *La civilización musulmana drabe en Oriente y en España*; y *Carlos Fourier*.

»La vida privada de Bebel ha sido irremprochable.

»Ultimamente tuvo una cuantiosa herencia, que mejoró su condición económica.

El socialismo de Bebel, en estos últimos tiempos, se ha distinguido por hacerse más templado.

Ahora mismo, los socialistas del Reichstag con tal de votar impuestos contra las clases altas, no han vaciado en hacer viables los aumentos militares del imperio.

»Adversarios leales, nos inclinamos con respeto ante esa figura prestigiosa de Bebel, que desaparece del mundo de los vivos dejando indelebles huellas de su paso por él.

\*\*\*

Ante el hombre que con sus virtudes, trabajos y talentos ha sabido ganar á los enemigos este testimonio de veneración, sus admiradores y sus amigos se sienten orgullosos.

Ha muerto como vivió: entusiasta, incorruptible é intachable, dejando toda su fortuna al Socialismo.

## El cura y la mujer

Los periódicos italianos han comentado estos días más ó menos sinceramente un drama pasional que ha tenido por teatro una pequeña población y por actores un sacerdote y una viuda joven. El capellán del cementerio de Alghero hacía mucho tiempo que sostenía relaciones íntimas con una mujer; pero ésta, cansada un día del cura, ó encontrando más apetitoso á un carabiniere de la localidad, determinó dejar las intimidades eclesiásticas y casarse con el militar. El cura, que la quería con delirio, ante la perspectiva de una separación ó término de sus amores perdió el juicio, y asestó á la ingrata once puñaladas, todas mortales, y después se infirió él otras tres y se suicidó.

Tal es la historia, nada nueva en verdad, y que, dejando aparte la sangre que la cubre, pudiéramos calificar de vulgar. El cura de Alghero ha obrado únicamente como los demás machos enamorados que temen la pérdida de su hembra predilecta: los celos arman su brazo, y surge el crimen. ¿Cómo remediar estas tragedias? Responden los que no pasan de la corteza de las cosas con una panacea muy sencilla: que sea lícito á los curas casarse. ¿Pero son sólo los curas célibes los que matan mujeres por amor ó celos? ¿No existen teñidos de sangre por la misma causa seglares sin celibato obligatorio, y hombres casados? No; con esta medida no evitaríamos el que el cura figurase como protagonista de los dramas de amor; habría que suprimir las mujeres y... hasta los hombres, porque en Madrid un clérigo disparó hace años un tiro contra su efébo infiel, y en un convento de Valladolid un fraile asesinó á otro por celos.

Puede asegurarse que la mujer entra casi siempre como factor en todas las desviaciones morales del cura: sabe que no le es lícito su trato, y esta prohibición aguza su apetito. ¿Pero sería el cura un modelo acabado de virtud si pudiera ser ó fuera casado? No, y no: mientras el sacerdote católico ejerza las funciones que ejerce, tenga la dirección espiritual de las mujeres, y se siente en el confesionario, su matrimonio, lejos de ser un sedante á su concupiscencia, se convertiría en un inferno. Y no se alegue como argumento el



ejemplo del clérigo protestante, porque éste no confiesa, ni lleva el timón de las fantasías místicas de la mujer como el cura católico.

Esto no quiere decir que yo crea en la posibilidad de una castidad absoluta en los curas y frailes; según la ciencia y los dictados de la Naturaleza, la pureza absoluta es fisiológicamente imposible, con y sin ayuda de la divina gracia. Podrá un sacerdote creyente, sincero, luchar más ó menos, prolongar este combate, pero más ó menos tarde caerá subyugado por el aguijón de la carne bajo cualquiera de las múltiples fases que presenta la lujuria.

—Entonces—dirán muchos—pudiendo se casar terminaría esta lucha estéril, en la cual la derrota es inevitable.

No; tal como hoy está constituido el sacerdote católico, con las obligaciones que sobre él pesan y con la aureola de que se le rodea, la presencia en su hogar de una mujer oficial y sobre todo de unos hijos, serían la rémora más completa para que cumpliera con las funciones que abusivamente hoy le exige la Iglesia.

—También el militar, el médico, etc., tienen sobre sí cargas penosísimas, y esto no impide el que se case.

Son de orden muy distinto á las del cura, y sus consecuencias muy diversas. El cura, tal como hoy lo quiere y le forma la Iglesia, no puede hacer más que lo que hace: usufructuar la hembra á hurtadillas, y cubrir las formas ante la Iglesia, el Estado y la sociedad que no creen en su castidad, pero que tienen que tragársela, mientras se cubra el expediente y se evite el escándalo. Entre los mismos fieles existe el convenio tácito de no asustarse de la presencia de la mujer en la casa de un cura, aunque sea joven y guapa. ¿Existe un título aparente, un pretexto plausible para su presencia en el hogar clerical, como el de parienta, criada, ama de llaves, etc.? Pues esto basta para que todo el mundo cierre los ojos, y no vea allí lo que no consta, aunque todos lo barrunten y sospechen.

Los obispos, siempre tan propicios á meter mano á los curas, nunca los persiguen por este concepto, á menos de un escandalazo como el de ese capellán de Alghero.

Se me dirá que este proceder implica una gran dosis de hipocresía en el cura que no cree, y que es un suplicio de conciencia para el creyente. Sí, todo lo que ustedes quieran: pero no pueden obrar de otra manera, aprisionados dentro del férreo muro que les impone la Naturaleza con su aguijón, la Iglesia con su disciplina, el Estado con sus leyes, la sociedad con sus prejuicios y los fieles con su escándalo. El cura tiene que vivir amancebado á la fuerza; claro está que no debería ser así, pero mientras la disciplina eclesiástica no cambie y las leyes del Estado no se modifiquen, y los deberes del clérigo no sufran una revolución, el cura no puede optar al matrimonio, y tendrá que limitarse á la rapiña del amor en huerto ajeno, ó en su casa á hurtadillas y con la capa del casto José.

La Iglesia lo ha querido así, y el Estado lo ha sancionado, y el cura cuando se afilió al sacerdocio ya sabía la carga que se echaba encima.

Proseguiremos este tema.

FRAY GERUNDIO

El obispo católico Byrne, de Tennessee, (Estados Unidos) ha escrito una pastoral ordenando que no se dé la absolución á

los que bailen el tango el trote del pavo y otras danzas en moda allí, como en París y en Londres, llegando á decir:

«Si un sacerdote absolviese á los penitentes que hayan bailado esas danzas inmorales, la absolución será nula y la confesión más bien una maldición que una gracia.»

Gracias á que eso de la confesión, la gracia, la maldición y la carabina de Ambrosio vienen á significar lo mismo, que si no, cualquiera se atrevía á marcar-se la más leve pirueta de ninguna de esas danzas.

¡Ir de temporada al infierno durante una eternidad, por haber tenido el raro capricho de imitar durante unos minutos el trote ridículo del pavo!

¡Más juicio y mas previsión, danzarinos!

## De Marruecos

### Una página histórica

Un moro amigo, de los varios que me informan exactamente de lo que en África sucede, me envía copia de la contestación que ha dado el jefe de la harka á los Chorfas que fueron al monte á negociar la paz.

Dice así:

«Venís los Chorfas, que Dios á su causa vuelva, de la Ciudad Santa de Tetuán, á pedir la paz á los montañeses hijos y guardadores de la fe musulmana, que Dios difunda por todo el Mundo, y á suplicarnos que dejemos de combatir á los cristianos españoles, exterminadores de nuestra raza en España y enemigos de nuestra religión.

«Cuando habéis venido aquí, habéis olvidado que España es no sólo enemiga exterminadora de nuestra raza, sino enemiga exterminadora de nuestra religión.

«Vosotros os prestáis á ello, cuando, como nosotros, sabéis que los españoles nunca cumplieron sus palabras y sus promesas. Sabéis, como nosotros, que siempre faltaron á sus convenios y ahora los tenéis en Tetuán, la Santa Ciudad, devastando vuestras huertas, incendiando vuestras cosechas, arrasando vuestras casas, después de haber recibido 20 millones el año 60 por abandonarla.

«No queremos paz con quienes nos despojaron de nuestras tierras de España, cultivadas por muchas generaciones de creyentes y convirtieron en Iglesias Cristianas nuestras veneradas y lloradas Mezquitas de Córdoba, de Granada y de toda Andalucía, cuna de nuestros abuelos.

«No queremos paz con los españoles, que nos arrojaron desde los jardines de nuestros padres á estas tierras malditas de Dios, que hemos podido cultivar á fuerza de sudor y de sangre.

«No sigáis aquí, hijos malditos, vendidos á nuestros enemigos, y marcho pronto con los viveres que habéis traído, comida impura que nuestras bocas no tocarán, porque los labios de los hijos de

la Fe se mancharían y envilecerían si lo tocasen.

«Idos, idos pronto, y no tardéis, porque no podré responder de vuestras cabezas si se enteran de que aquí estáis, y de lo que aquí habéis venido á proponer los hijos de Tazza y del Susa, que han venido á estas montañas á defender la Fe de nuestros padres, y el suelo que debe ser de nuestros hijos.

«Nos habláis del Sultan y de su Jalfá. Aquí no reconocemos autoridad de Sultan y menos de su Jalfá. Por aclamación nombramos en el monte el jefe que nos conviene y nos sobran viveres, hombres, fusiles y municiones para oponernos al avance de ese Ejército español.»

Siguen párrafos que no pueden ser copiados por ser ofensivos para España y para su Ejército.

Es ha sido la respuesta de la harka. Cuanto se diga en contrario es falso. Ni Andghera, ni Wad-Ras, ni las demás kabillas se someten como se ha dicho. Por el contrario, la harka aumenta, y cada día recibe nuevas armas y nuevas municiones.

J. DE A.

(La Correspondencia de España).

## VÍCTIMAS DEL CELIBATO

Desde Budapest le han dirigido el telegrama siguiente á *Il Secolo* de Milán:

«En Unguam el sacerdote católico Givoejo ha disparado dos tiros dentro de la iglesia contra la maestra Ana Stenbrey, la cual cayó mortalmente herida; el cura se dirigió enseguida á su casa, en la que se suicidó con un faul de caza. Tenía 36 años y la maestra 20. Parece que se trata de un drama pasional.»

Otras dos víctimas de la Iglesia.

Mayor es el número de las causadas por el celibato, que el de cristianos sacrificados en los primeros siglos.

Entre suicidas, niños muertos en el seno de sus madres, niños asesinados al nacer ó arrojados á las Inclusas, ¡qué de millones de seres inmolados en los altares de esa deidad siniestra llamada castidad sacerdotal!

A veces pienso en si la intransigencia de los curas ante las faltas ajenas, provendrá de los remordimientos que sienten al recordar lo que han hecho para borrar el rastro de sus intracciones á ese voto imposible de cumplir.

El hombre que esté descontento de sí propio, es siempre muy cruel con los demás.

## LIBRO NUEVO

### POESIAS FESTIVAS anticlericales

por renombrados autores

Precio: UNA peseta.



# EL MOTIN



## Apolos de sacristía.

Ayuntamiento de Madrid



## Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior ..... 5257'08

Francisco Terrazas Villaseca, 1'00.—Tomás Fonseca, 1'00.—Toribio Ojeda, 1'00.—Donato Gascó, 1'00.—Julían Pascual (a) Castillo, 1'00.—Benito Ruiz, 0'50.—Victoria-no Ruiz Prado, 0'50.—Pablo López, 0'40.—Eduardo Melón, 0'50.—Carlos Arrieta, 1'00.—Dionisio Montemayor, 1'00.—Rafael Ruiz Peñafiel, 0'50.—Manuel Bretón, 0'50.—Ildefonso Morga, 0'30.—Félix Morga, 0'50.—Gerardo Morga, 0'25.—José Ruiz, 0'25.—Luis Ruiz, 0'25.—Pablo Bajo, 0'50.—Bruno Pérez, 0'25.—Pedro Bajo, 0'50.—Marcellano Ruiz, 1'00.—Luis Giménez, 0'30.—Miguel Giménez, 0'10.—Emeterio Giménez, 0'10.—Nicomedes Ochoa, 1'00.—Celestino Urbina, 0'50.—Pedro Ojeda, 0'20.—Sindulfo del Rey, 0'20.—Juan Agós, 0'25.—José Gómez (a) Piraba, 0'40.—Eduardo García (el cantor), 0'50.—Miguel Fernández, 0'25.—Justino Fernández, 0'30. (Todos de Nájera)..... 17'80  
Un murciano: Jesús Izquierdo, 0'25  
Antonio Maeztu (Punta Arenas (B. A.) ..... 10'00  
Francisco Hidalgo, Luis Monsó, Filiberto Chust, José Peris, Martín Tomás, Miguel Tomás, Francisco Polít, Bernardo Sánchez, Joaquín Asins, Emilio Salanova, Vicente Talamantes, Vicente Olmos, Antonio Selma, Cayetano Sargués, Salvador Rosaleñy, Bautista Guillén, José Ramón, Antonio Perpiñá, José Asins, Jaime García, Salvador Puchalt, Juan Grandoll, Francisco Ramón, Ambrosio Chust, Amparo Monsó, Bautista Sebastián, Antonio Enrique, Francisco Sancho, Ramón García, Luis Alapont, Francisco Chuloi, Daniel Peris, Carmelo Gamón, Bautista Guillén, Francisco Gillén, Miguel Peris, Andrés Bort, Francisco Gimeno, José Rosaleñy, Genaro Lacámara, Saturnino Gimeno, Francisco Ribes, Valentin Sainz, José Ferrer, Vicente Almarche, Eduardo Mayo, Antonio Romeu, Vicente Selma, Rafael Raga. (Todos de Catarroja (Valencia) ... 17'00

Suma y sigue ..... 5302'13

## En la guerra y en la paz

La campaña de la Prensa parisiense contra las atrocidades búlgaras continúa firme y áspere. La historia de tantos horrores parece que no tiene fin. Prisioneros griegos que llevan al cuello collares hechos con dedos de niños; la esposa del eminente juríconsulto Djemal bey violada, en presencia de su marido, por doce soldados búlgaros; niñas de seis y ocho años llevadas al Consulado de Alemania en situación desesperada de resultas de violaciones; ancianos quemados lentamente...

Con el título de *La almohada del comitadji* circula por la Prensa europea este episodio lúgubre:

«El vapor *Ekatésini* desembarcó en el lazareto de Trikkési, en Tesalia, ciento once prisioneros búlgaros, entre ellos setenta comitadjis. Uno de éstos llevaba con precaución bajo el brazo una almohada, y, al hacer un movimiento falso, la dejó caer al agua. Su consternación fué tanta, que inspiró sospechas al capitán, quien envió una barca á traer el precioso objeto, y al abrirlo en presencia del médico militar Papa-vassilíon, encontraron gorritas ensangrentadas, camisitas, medecillas y zapatitos cubiertos de sangre, arrancados á rorros. El comitadji llevaba estos y otros trapos para probar á las autoridades de su país que habla merecido bien de la patria.»

Andrés Tudes, cuyas correspondencias son tan interesantes como fidedignas, escribe desde Salónica:

«Se han encontrado en Serpés cadáveres de viejos otomanos enterrados vivos. Los búlgaros los desalojaron a bayonetazos de una mezquita en donde se habían refugiado, y después, con el pretexto de inhumación, les obligaron á cavar fosas. Redondeado el agujero, gritó el jefe búlgaro: Ensayad el sitio. Parece estrecho.

«Como alguno que otro se negara, obligáronle con un puntazo de bayoneta. Los infelices, acostados los unos al lado de los otros en la fosa, fueron cubiertos por los búlgaros, que reían, con paletadas de tierra. Lucha desesperada. Manos rugosas que se crispan. Se nivela el terreno con una pala...»

Terrible en verdad. Pero yo no creo que los pacifistas, como Jaurés, están en lo cierto al achacar tales horrores á la guerra.

Vea el *leader* del socialismo francés este telegrama que su propio periódico—*L'Humanité*—publica hoy mismo:

«El periódico polaco *Pizeglad Poriedzialkowi* relata un triste atentado del cual fué víctima una joven alieana de los alrededores de Lemberg. Stanislava Doblet, que así se llama, de dieciséis años de edad, había venido á Lemberg para colocarse de criada. Cansada de buscar colocación durante todo el día, sentóse para descansar en el parque Municipal, cuando unos hulanos, que la habían visto, obligáronla á entrar con ellos en el cuartel.

Llegados allí, la escondieron en un establo, y todo el batallón, durante tres días consecutivos, abusó de ella. La desgraciada pudo escaparse, pero fué descubierta y volvió á comenzar su martirio, hasta que, cansados sus verdugos, la abandonaron en un campo. Su estado es muy grave.»

Pero no bay que ir tan lejos en busca de horrores cometidos en tiempo de paz.

En París, en «a capital del mundo civilizado»—como reza la Fama—, una partida de facinerosos, reunidos anoche en la plaza de la Maicie, de Saint Ouen, decidieron divertirse («por puro diletantismo», dicen las informaciones de los periódicos) en disparar revólveres contra los transeúntes, convertidos en blanco. «Las balas, silbando, pasaban cerca de los transeúntes; tiráronse 20 proyectiles. Total: un muerto y dos heridos graves.»

El estado de guerra resulta, pues, permanente en ciudades que están en paz, y las barbaridades que han hecho los búlgaros en Dedcazath son cosa corriente en otras partes, sin que haya siquiera la excusa de alegar que las motivó el estado de guerra.

Los búlgaros, reprobados ahora por toda Europa, deben consolarse de su propia ignominia, recordando el tan conocido *homo homini lupus*, y pensando que son unos brutos malvados, no por ser búlgaros, sino por ser hombres.

Y cuando oigan hablar de progreso, civilización y otras majaderías, recuerden también que en la culta Francia, y en estos mismos días del siglo xx, hay gentes en Alzonne que ven apariciones de Juana de Arco, San Miguel, San Pedro y San Pablo, Santa Ursula, tal vez con las once mil vírgenes del ala, y que en Bonnieux, la familia Julien, deseando sacar el demonio del cuerpo á una de sus hijas, le machacó la cabeza con los palos de una silla.

Todo es Bulgaria.

LUIS BONAFoux

## Consejo gratis

Para protestar de la conducta de su párroco, D. Fernando Ubeda, ha ido á Valencia una numerosa comisión de vecinos de Alborache, con el alcalde y concejales á la cabeza, y acompañados del diputado á Cortes, Sr. Escutia, y de los provinciales Sres. Higón y Alepuz. Visitaron al Gobernador civil, presentándole una protesta suscrita por 537 firmas.

Y el gobernador, en vista de que la denuncia reviste gravedad suma, envió la Comisión á la autoridad eclesiástica para que depure responsabilidades. La Comisión entregó la denuncia en la residencia arzobispal.

Parece que apenas tomó posesión del curato el tal párroco, empezó á difamar al maestro de instrucción primaria, don Salvador Martínez, persona respetable y queridísima de aquel vecindario, llegando á tal extremo, que hubo de intervenir



el cura Sr. Aguilar, quien se vió apostrofado é injuriado por el tal Ubeda.

El alcalde y el vecindario de Alborache, cansados de soportar sus intemperancias, acudieron en queja ante el arzobispo Guisasaola, siendo desatendidos; y con esto se creyó autorizado el cura para seguir cometiendo toda clase de tropelías.

Creo que los vecinos de Alborache serán también ahora desatendidos por el Arzobispo. Por si no me equivocas, voy á indicarte lo que deben hacer. Precedir en absoluto de los curas y no pasar ni por frente la iglesia.

Oír misa no es preciso para hacer buenas digestiones, requisito indispensable para mantenerse vivo y sano.

¿Que á un ciudadano le pide el cuerpo matrimonio? Al juez.

¿Qué como legítima y natural consecuencia de ese acto, viene después á la vida un roro? Al registro civil.

¿Que un vecino comete la tontería de morirse? Al cementerio donde no van los católicos.

Y tengan la seguridad de que antes de un mes ha relevado Guisasaola al párroco Ubeda, no sólo para que cese ese razonable, higiénico y económico estado de cosas, sino para que no se contagien los pueblos de alrededor.

Ensáyenlo, pues merece la pena y nada irán perdiendo.

## La mula y el hombre

Una mula pacía libremente en un hermoso prado. Cierta día se le acercó un labrador y le dijo:

—Voy á aparejarte para que labres esta tierra. Sembraré en ella melones, y ten por seguro que guardaré las cáscaras para tu regalo; es tan buen alimento como la hierba.

—No pienso dejar que me echéis encima el yugo—respondió la mula—. Quédate con los melones y con las cáscaras, que á mí no me va mal con la hierba.

—Eres poco razonable—replicó el labrador—. Toda la vida comió tu padre cáscaras de melón, trabajó cada día hasta catorce y diez y seis horas, y vivió tan contento.

—Puede que sea verdad lo que me dices; pero no olvides que mi padre era un burro.

## Cambios de casaca

Con la mayor frescura confieso públicamente que soy un fenómeno de inconsecuencia política. A mi lado don Melquíades no llega á ser una babucha.

Como todas las cosas tienen su razón de ser, voy á explicar el por qué de mis veleidades.

Por motivos que no son del caso citar, danzo constantemente por pueblos y aldeas. Invariablemente, cuando tengo que visitar una villa de poca importancia, escribo á la primera autoridad, rogándole

me prepare un alojamiento decente, y también invariablemente ocurre la siguiente escena cuando llevo al pueblo:

Yo.—Tengo el gusto de saludarle, señor Alcalde; soy fulano y supongo que habrá recibido una carta mía en la que le anunciaba mi llegada.

El Alcalde.—(Después de mil cumplidos y hasta de algún obsequio en *liquido*)...—Pues sí, hombre, sí; recibí su carta y ¡vaya si me alegré que usted viniera!

Yo.—(Marchando directamente al grano).—Supongo que se habrá usted ocupado en buscar me un hospedaje bueno.

El Alcalde.—(Rascándose el sitio que en las personas corresponde á la cabeza).—Mire usted, las cosas hay que decirles como son: lo he buscado y no lo he buscado... Porque, *pa* que usted se entere, este pueblo está dividido; aquí hay gente que es buena y hay también gente que *talmente* son cerdos... Y lo que pasa... uno tiene que dar gusto á todos, *pa* que no digan que si fué, que si vino...

Yo.—(Viendo mi comida y mi lecho á gran distancia).—Pero aquí habrá alguna casa en donde puedan alojarse los forasteros.

El Alcalde.—¿Pues no ha de haber, hombre de Dios? No, en la calle no se quedará usted. Lo que pasa, para que usted se entere, es que hay dos casas en donde toman huéspedes: una la del tío Menganejo y otra la de la tía Perenganeja y como Menganejo es... (aquí una filigrana política, no importa cual) y yo soy de los otros, pues *pa* qué decirle á usted más.

Yo.—La mejor, ¿cuál es de las dos?

El Alcalde.—Hombre, como la mejor la de la tía Perenganeja, pues ya le he dicho que los otros son unos cerdos y no *tién* ni vergüenza ni trato, ni *ná*. Usted sin embargo elegirá, que yo no me meto en esa *custión*.

A pesar de tales informes, yo los amplío cuanto puedo preguntando á unas y otras personas, que según el partido á que pertenecen, califican de pocilga una u otra casa. Convencido de que los juicios de unos y otros reunidos dan por resultado la verdad, es decir, que se trata de un par de pocilgas, aún extendiendo mis averiguaciones para elegir la pocilga mejor. Y una vez hecha la elección, citeme ustedes formando parte del partido liberal, conservador, republicano, carlista, ó el que sea aquel en que milita el dueño de la mansión.

Claro está, que desde este momento tengo enemigos, definiendo un credo y atacó el contrario, luchó con los de enfrente, soy en fin uno de tantos *convencidos* políticos como andan por el mundo. ¡Y todo ello por un principio de más ó por unas chinchas de menos!

Por eso, cuando veo á un hombre político cambiar de postura, siempre se me ocurre igual comentario:—¿Cuestión de hospedaje!

Ahora bien; á pesar de las constantes mudanzas de casaca, tengo una firmeza en mis ideas á prueba de bomba, dentro de un mismo pueblo. Sé muy bien, que

si cuando milito con los de la pocilga A deserto de sus filas, sobornado por una perdiz escabechada que me ofrezcan en la pocilga B, habré dado el paso más imbécil que pueda dar político alguno. Porque á los pocos días se vengarán en la pocilga B de mis anteriores hazañas, y mi patrón antiguo me despreciará olímpicamente negándose á recibir de nuevo las pesetas manchadas de lodo, que por mi pupillage me corresponda abonar.

Y he aquí porqué, al presenciar cambios de casaca en gentes conocidas de uno y otro bando, digo filosóficamente:—

¡Habrá maja terol! Ese ya perdió el buen hospedaje de un modo definitivo.

ANTÓN ZOTES

## ¡Naturalmente!

El cura D. Minervino, profesor en el Instituto de Ceriñola (Italia) se ofreció á preparar para los exámenes á una joven en cuya casa entraba; mas no sé qué trocatintas hubo, que en vez de examinarse escolásticamente, fué ella la examinada por un médico, quien la consideró apta para poder desempeñar dentro de unos meses el cargo de madre.

Naturalmente...

A solas con una chica guapa, y con un voto á qué faltar, lo cual centuplica el deseo...

¿Qué iba á hacer don Minervino, cura robustote y sano, sino pensar en lo humano ciscándose en lo divino?

## Las alhajas de la Virgen

El próximo mes de Septiembre se celebrará en Granada la coronación de la Virgen de las Angustias, Patrona de la hermosa capital andaluza. Para las fiestas, que serán solemnes, fastuosas, brillantísimas, ha sido invitado el rey. El no va, pero va su tía doña Isabel. No hemos de criticar á los católicos granadinos porque rindan á su Patrona el homenaje. Tienen un indiscutible derecho á hacerlo.

Pero es que ese homenaje no se reduce á lo que todo buen cristiano debiera practicar, fiel á los preceptos de humildad y pobreza, que son la esencia de su religión. Es que la aristocracia granadina no cree que pueda amarse fervorosamente á su imagen predilecta si á la oración silenciosa y humilde no la acompaña un derroche de lujo deslumbrante. Es que para coronar á esa Virgen de las Angustias se han recaudado en Granada unos miles de duros que se destinarán á comprar piedras preciosas, y además forman un montón las alhajas valiosísimas regaladas por los granadinos para adornar la imagen.

Y no está Granada para corona de brillantes, sino para corona de espinas.

En la ciudad maravillosa, que es joyero de arte y arca sagrada de la leyenda, están vacíos los establecimientos de Beneficencia, porque nadie da un céntimo para sostenerlos. La Alhambra, destruida



por algunos sitios, llegará á desplomarse por completo, pues nadie da su dinero para que se proceda á reparaciones urgentísimas. Al contrario; llega un día un chamarilero adinerado y se lleva una torre completa del prodigioso palacio, que debiera ser más venerado que las mismas imágenes cristianas. ¡Alhajas para la corona de la Virgen!... No nos parecería mal si fuese el país que las regala país próspero y feliz. Pero en Granada, como en casi todas partes, llega á su colmo la explotación de los obreros, agarrados por la usura. Hay hambre, porque los campos son un secarral, no hay industrias florecientes, ni se explota como debiera el manantial de oro del turismo...

Es el cuadro de siempre, el contraste de siempre. Emigran los braceros porque no hay triguales que segar; están las calles llenas de mendigos; abandonados los monumentos bellísimos que dejaron como santa herencia los árabes; arrastrando una vida precaria el comercio... y hay montones de dinero para comprar una corona, que llenarán de piedras prodigiosamente talladas y que se construirá con monedas de oro...

¡Y para rematar tan grande obra, acaso sea ese mismo pueblo que sufre el que se vista con sus ropas de fiesta para recibir á la infanta Isabel, como queriendo demostrar que Granada es una Arcadia donde todos comen y trabajan en paz y donde nunca asomó su guadaña, peor que la de la muerte, la miseria!

JESÚS J. GABALDÓN

## Mal camino

La Cámara de Representantes de los Estados Unidos ha acordado el procesamiento y prisión de Sulzer, gobernador del Estado de Nueva York.

A raíz de las últimas elecciones le acusaron de que había realizado actos de corrupción electoral y se había quedado con parte del dinero que le dieran sus amigos políticos para pagar los gastos de las elecciones.

Nombróse una Comisión investigadora, que interrogó á Sulzer, quien confesó que efectivamente había invertido en jugar á la Bolsa sumas considerables que no le pertenecían.

En vista de ello se propuso á la Cámara de Representantes que adoptara una determinación enérgica contra Sulzer.

Es la vez primera que un gobernador neoyorkino es procesado por delitos cometidos en el desempeño de su cargo.

Por mal camino na entrado la República Norte Americana.

A primera vista, parece así como que merece aplauso el castigar á las autoridades que prevarican; pero á la larga trae consecuencias fatales.

Es preferible que los gobernados crean que los gobernantes son impecables, á que se confirme oficialmente que hay también entre ellos mucho pillo y mucho ladrón.

Que lo supongan las gentes, bien, ya que eso no pueda evitarse. ¿Pero que conste en una sentencia? ¡Oh! ¡Nunca! Esto derrumbaría el admirable edificio del orden, á costa de tantas infamias y crímenes levantado.

Cúrense los yanquis de esos estemporáneos pujos de justicia, é imitennos, así vivirán tranquilos.

Aquí murmuramos de las autoridades de todas clases: civiles, militares, eclesiásticas; y no digo nada de las que administran justicia. Pero gracias á que ninguna es llevada nunca á los tribunales, conservamos vivo el santo respeto que á todas debe guardarse, para que no padezca su prestigio y España pueda arruinarse, envilecerse y degradarse, pero sin escándalo, lentamente, letrinescamente...

## Remitido

Sr. D. José Nakens.

Mi estimado amigo:

He leído en el último número llegado de *El Motín* lo escrito con el título de *A defenderse*; y aunque disiento de su manera de pensar, ha de permitirme usted algunas palabras. Creo no han de ser los concejales interesados, que teniendo su conciencia limpia (sean de la población que fuere) los que han de escribir artículos en la prensa, ni deben dar mítines en los que pregonen su honradez, por dos razones: 1.ª porque pueden ser ó no escritores ó oradores, y 2.ª por pudor, pues no se debe ser enaltecedor de las propias obras.

En lo que á esta localidad se refiere, á los ex abruptos lanzados de más ó menos buena fe en la Casa del Pueblo de Madrid, ó en *El Socialista* por su corresponsal en Gijón, debería contestar la Junta Local de Conjunción, y mientras tanto no lo haga esta, quiero sentar aquí algunas afirmaciones.

En Gijón, desde 1903 en que se formó la Unión Republicana, las candidaturas republicanas presentadas en elecciones municipales, fueron de triunfo en triunfo; de tres concejales republicanos que había entonces, hoy son 17 y dos socialistas; sólo 11 monárquicos, todos clericales.

No obstante haber sido disminuído el presupuesto municipal de ingresos en no menos de 150.000 pesetas, debido á los manejos de caciques monárquicos, ayuda dos por las autoridades con el fin de desprestigiar á los republicanos, los servicios todos han sido aumentados y mejorados notablemente. Los presupuestos municipales, que mientras dominaron los monárquicos se liquidaron con 150 á 200.000 pesetas de déficit anual, se nivelaron en estos últimos años; desde 1903 hasta la fecha les cuando Gijón ha tomado aspecto de población digna de ser visitada y es cuando se han realizado las obras y reformas más importantes, sin negociarse empréstito alguno, ni más recursos que los disminuídos presupuestos ordinarios.

¿Qué se deduce de esto? Que la administración republicana Gijonesa, nada tiene que envidiar á la Maleguña, á pesar de que para lo contrario trabajen unidos el alcalde de real orden, la Comisión Provincial y los Gobernadores nombrados ex profeso, y aunque digan otra cosa quienes se llamen socialistas y lo hagan á fuer de

fieles aliados, pues ante la realidad de los hechos no hay argumentos posibles.

Así, pues, yo rechazo en forma debida el indigno calificativo de inmorales, que no alcanza ni puede alcanzar á ninguno de los concejales republicanos que han ejercido durante el tiempo á que antes me refiero, y no digo anterior, porque nada influyeron en la administración.

Puede usted, amigo D. José, hacer de este escrito el uso que tenga por conveniente, pero deseo conste lo que digo referente á la moralidad de los concejales republicanos de Gijón.

Saluda á usted su afectísimo amigo.

CASIMIRO ACERO

Gijón, 15 Agosto 1913.

## Minuta

El ambicioso no necesita hacer provisión de conocimientos y de estudios. El bagaje del que persigue á la fortuna debe ser ligero.

La falta de los hombres superiores consiste en gastar los mejores años de su vida en hacerse dignos de su favor. Mientras ellos estudian, los intrigantes, ricos de palabras y pobres de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos, y logran la confianza de los semitontos. Mientras los unos estudian, los otros marchan; los unos son modestos, los otros atrevidos; el hombre de genio tiene su orgullo para sí, mientras el intrigante enarbola el suyo por bandera, y debe triunfar necesariamente.

Tienen tal necesidad los hombres de gobierno de creer en el mérito reconocido, en el talento proclamado por todos, que es una verdadera niñada la del sabio que espera humanas recompensas.

No es esto ciertamente parafrasear los lugares comunes de la virtud, el cántico de los cánticos incesantemente entonado por los genios desconocidos; es traducir en buena lógica la razón de los frecuentes triunfos obtenidos por los hombres vulgares.

## El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas.

UNA peseta.

## Advertencia administrativa

Vuélvase á rogar á los suscriptores que no envíen pólizas de ninguna clase.

Se devolverán las que se recibían.



## ARTÍCULOS FIAMBRES

### Rectificación de conducta

Pero téngase bien entendido que la República no vendrá, y si viniere por arte milagroso duraría menos que la otra, en tanto que no tengamos todos, unionistas, federales y progresistas, el honrado valor de declarar que somos un partido burgués, *el más radical de los burgueses*, pero al mismo tiempo el único en condiciones de implantar en España el reinado de la justicia; dentro de la ley, cuando se pueda; á palos, cuando se necesite.

Si no declaramos esto, y en cambio seguimos empleando los tópicos que estuvieron de moda en 1848; anunciando todos los días la buena nueva; ofreciendo lo que sabemos de antemano que no hemos de poder cumplir; diciendo que la monarquía es débil y no tirándola; celebrando mítins donde la batuta del delegado del Gobierno regule el compás; halagando las pasiones de los que mañana tendrían razón para rebelarse contra nosotros por no habérselas satisfecho...

Mientras nos entretengamos además en fundar casinos y centros con tesoreros sin caja y bibliotecarios sin libros, celebrando en ellos veladas musicales y dramáticas y bailes de trajes; y perpetremos Kermesses, y pongamos Tómbolas; y recibamos á los oradores trashumantes con músicas, palomas y flores, cual hacen los monárquicos con el rey, satisfaciendo así pasadas nostalgias de vanidades pequeñas...

Mientras celebremos banquetes con cualquier pretexto y conmemoremos tantas fiestas nacionales y extranjeras en vez de trabajar para que en lo porvenir sea célebre una sola...

Mientras nuestros diputados, salvo seis ú ocho, ejerzan de figuras decorativas en las Cortes los unos, y los otros permanezcan tranquilamente en su casa velando por sus particulares intereses; y la oposición que hagan no sea constante y ruda, en vez de enardecerse tres ó cuatro días para caer luego en silencios inexplicables; y no se convenzan de que se les ha enviado allí de jornada, no de residencia y con el único objeto de preparar la revolución, por ser el único sitio donde se puede hablar claro, alto é impunemente; y reserven sus mayores energías para lo que particularmente les interese, como cuando los suplicatorios...

Mientras, falseando el espíritu de la Asamblea del 25 de Marzo, se ponga lo secundario sobre lo principal, esto es, las elecciones sobre la labor revolucionaria; y se sueñe con traer setenta diputados en las próximas elecciones, cuando, siguiendo como vamos, no alcanzarán quince sus actas en buena lid; y nos contentemos con predicar á los convencidos en vez de atraernos por la grandeza de nuestros actos á los vacilantes y los indiferentes...

Por último, mientras no ofrezcamos á la nación la seguridad de que constituire-

mos un gobierno fuerte que encauce todo lo que está aquí desbordado; y garantice que acabará todo predominio de clase; y que, dejando á un lado las cuestiones chicas, nos dedicaremos en cuerpo y alma á iniciar, implantar y sostener todo aquello que tienda al engrandecimiento moral, intelectual y material de la patria; mientras esto no hagamos, será inútil, repito, que llamemos al ejército, porque no vendrá; que ofrezcamos programas recordados al pueblo, porque no nos hará caso.

Y cada día iremos perdiendo más fuerza; y los que pudieran venir á sumarse con nosotros al convencerse de que la monarquía es ya impotente para resolver las cuestiones que afectan al presente y al porvenir de la patria, verán venir la tormenta sin apartarse de donde están, por temor a que se agraven con nuestro triunfo los males que hoy sufre España.

Y concluyo por hoy, diciendo:

Si no se rectifica, y pronto, la marcha seguida, ó no viene la República, ó vendrá cuando ya todos hayamos desaparecido del planeta. Y esto demostraría que ninguno de los que hoy bullimos, ya charlando, ya escribiendo, ya amenazando, ya conspirando, hablamos servido para nada. Y entonces se echaría de ver que todos los aplausos, todas las ovaciones, todos los vivas y todos los homenajes que hoy se prodigan, se habían prodigado injustamente. ¿Y no sería una gran torpeza continuar dando pretextos á la Historia para que nos desprecie ó nos anatematice?

Y todo lo que no sea rectificar la marcha seguida, podrán ser acaso buenos deseos, pero mal encauzados; loables trabajos, pero infecundos; propósitos nobles, pero irrealizables; y acusará en todos nosotros más apego á la rutina, que afán por romper los moldes viejos; más persistencia en mantener preocupaciones antiguas, que grandeza de espíritu para olvidarlas; más acomodamiento con el medio, que anhelo por variarlo; más empeño en hacer ver que hacemos, que impaciencia por ejecutar; más culto al egoísmo, que amor al sacrificio; en fin, más cálculo que abnegación...

Todo esto tiene remedio aún, y creo que se le pondrá; mas convendría que fuese pronto, como he dicho, para que no se nos echaran encima sucesos que pudieran aumentar dificultades á nuestra empresa, variando la orientación de España, y no dejándonos otro consuelo que: el de pensar luego en estos tiempos, en que, alardeando de consecuentes federales, inmutables progresistas ó entusiastas unionistas, fuimos sólo unos cobardes ó unos incapaces.

1905

### Larvas de Pilatos

Si la sublevación militar del 19 de Septiembre triunfa, ¿qué republicano se hubiera atrevido á condenarla? El que más y el que menos intentaría ahora ha-

cernos creer que á su ayuda se debió el triunfo.

Los que hoy censuran la inoportunidad del movimiento, el plan y la marcha seguida, se hubieran hecho entonces lenguas en loor de Villacampa.

No hubiera salido ninguna voz, como tantas ahora, rehuendo la complicidad con los sublevados, ni se habría retirado ningún republicano á su casa protestando del movimiento.

Villacampa hubiera sido un semidios y quienes lo acompañaron unos héroes, considerándose todos honradísimos si el corneta más joven de las fuerzas sublevadas se digna contestar á su saludo.

Mientras ahora hay que taparse los oídos para impedir que llegue á ellos el eco de las indignidades que corren por ahí á propósito de la sublevación, y morderse la lengua y romper la pluma para no dejarse arrastrar por la cólera.

Se comprende que los monárquicos, cuya arca santa trataron los sublevados de derribar, se desataran contra éstos; no que ningún republicano se permitiera pronunciar ni una sola palabra en contra, y menos en los instantes en que la muerte acechaba la presa que la ley iba á arrojarle.

Hay que confesarlo. Si los monárquicos han demostrado durante los últimos sucesos que tiene muchas y lamentables excepciones lo de la proverbial hidalguía española, algunos republicanos han desmentido con su conducta aquel terceto de Rloja:

Que el corazón entero y generoso  
al caso adverso inclinará la frente,  
antes que la rodilla el poderoso.

1886

### La política tétrica

Comprendo que en determinados instantes el político más optimista se desaliente y lance un apóstrofe al pueblo español, desconfiando de su fuerza, de su poder...

Me explico que á raíz de ciertos sucesos se le dediquen frases de desdén supremo, por la apatía, la cobardía ó la resignación que muestra.

Disculpo que algunos hombres de talla intelectual grande arrojen rayos de indignación contra él en las ocasiones que rebasa los límites del envilecimiento.

Pero protesto, y enérgicamente, furiosamente, contra los que, por sistema, ó por producir efecto, denostan é insultan al pueblo español. Y si los que tal hacen pertenecen á los partidos radicales, mi indignación se acentúa.

Pues qué, si el pueblo fuera tal cual dicen, ¿quién tendría la culpa? ¿De quién sería la responsabilidad?

De nosotros; de cuantos teniendo una palabra salvadora que pronunciar, la hemos callado en los momentos supremos; teniendo una solución que ofrecer, la hemos ocultado cuidadosos; teniendo una acción que realizar, hemos permanecido quietos.

Y siendo así, ¿con qué derecho des-



cargamos hoy el látigo de nuestra ira contra ese pueblo, que nos habría respondido si lo hubiéramos llamado, seguido si nos ponemos delante, sacrificado si le damos el ejemplo? ¿Cómo nos atrevemos á insultarle constantemente, cayendo sobre nosotros en primer término la culpa de su abyección?

¿Ha sido ésta, por ventura, obra de un día? ¿No ha sido labor de años? ¿Y qué le hemos ofrecido en ese tiempo, ni qué le hemos dado, para poder hoy gritarle con justicia: «¡Analfabeto! Degradado!»

Únicamente podrían acaso disculparse esos desprecios, esas diatribas, esas abominaciones en hombres que, apartados de toda lucha activa, hicieran sólo labor de crítica; nunca en los que, si el pueblo los elige para cualquier cargo, lo aceptan; si los aplaude, se envanecen; si los obedecen, se creen dioses.

La lógica se impone aquí imperiosamente. Si el pueblo es ignorante, no sabe lo que se hace al votarnos para cualquier cargo; y si está degradado, nos deshonra al elegirnos; y en ambos casos deberíamos rechazar su representación.

Más propio de nosotros sería levantar el espíritu del pueblo con frases de esperanza. Decirle:

«Sabes poco, porque no te han educado; y puedes poco, porque la inteligencia es la primera fuerza.

«Pero aquí estamos nosotros, que sabemos y podemos. Pensaremos por tí y trabajaremos para tí, acompañando la acción á la palabra.

«No, aunque te lo digan, no lo creas: tú no eres eunuco. Si realmente lo fueras, no habría regeneración; ni la madre puede volver á ser virgen, ni el eunuco á ser hombre; y cometen una inconsecuencia inexplicable los que así te califican y á la vez te increpan porque no obras virilmente.»

Si; deberíamos despertar el espíritu al pueblo, en vez de abatirlo; y no ciertamente elogiándole, ni adulándole ni vinculando en él todas las virtudes, sino usando un lenguaje digno, razonado, hasta severo.

Pues aún suponiendo que realmente estuviera el pueblo cual nos lo pintan algunos, enfermo del entendimiento y la voluntad, lo noble y lo generoso sería animarle, confortarle...

¡Basta ya, por lo tanto, de política tétrica! ¡Basta ya de apóstrofes y profecías de muerte! Ni el pueblo español está condenado á desaparecer, ni le faltan energías para regenerarse. Infundámosle alientos, señalemosle horizontes, marquemosle caminos poniéndonos á su frente, y él irá á donde debe ir, y se redimirá, y nos redimirá, que tanto ó más que él lo necesitamos.

1903

## La opinión

Es la reina y señora del mundo: todos le rinden sumisión y vasallaje. Solamente en España existen unos

hombres que resisten sin ceder ni moverse los embates de la opinión: los jefes republicanos. Años há que vengo combatiéndolos y ellos tan firmes y serenos.

Van y vienen asambleas, se crean y se disuelven comités; se pactan uniones y se deshacen; la prensa clama; éste republicano propone una solución, aquél otra...

¡Y ellos tan tranquilos!

El dinero se acaba; el crédito concluye; la sangre de la juventud corre á torrentes en Cuba; la miseria se extiende; España, cual cadáver en que se ceban los gusanos, está convertida en un hormiguero de frailes.

¡Y ellos, á pesar de que la opinión les pide soluciones, los espolea y los fustiga, tan inmovilizados!

¡Oh seres sobrenaturales, que la desafiáis con tanta arrogancia! ¡Oh respetables ostras, que os habéis adherido con tal fuerza á la peña de la jefatura!

Atended á la opinión, y fusionaos pronto, para que los sucesos que se echan encima nos encuentren apocados á toda clase de luchas; ó preparaos, si no lo hacéis, á que os barra con la más sucia de sus escobas: la del desprecio.

Que ya ¡por Cristo!, ha aguardado, ha transigido y ha suplicado bastante el Pueblo.

1890.

## Hablemos

Si; yo tengo impaciencia, mucha impaciencia porque venga la República. ¿Y cómo no, si el tiempo corre, y la vida del recuerdo es ya en mí más poderosa que la de la esperanza?

Morir sin ver la República, sería triste para quien trabajó tanto por verla establecida. Y á pesar de esto, me molesta oír ó leer lo siguiente:

«La hora ha sonado!

«¡Llegó el momento de sublevarnos, con todas sus consecuencias!

«¿Qué hacemos?

Disculpo la impaciencia que esas frases revelan y aplaudo el móvil; mas créome obligado á contestar.

A los unos:

«Se engañan ustedes. Esa hora no acaba de sonar. Sonó hace muchos años, aumentando la potencia de su estruendo desde la pérdida de las Colonias. Y si pudimos estarla oyendo desde entonces con relativa calma, sin prepararnos convenientemente para cumplir con nuestro deber de patriotas, apocémosnos ahora para hacerlo, mas sin tratar de cubrir con apresuramientos que pudieran comprometer el éxito, los descuidos y las apatías que retardaron la acción.»

A los otros:

«El instante de sublevarse tampoco ha llegado ahora, y así lo entendieron cuantos por la República se sacrificaron el 83 y el 86. Y si pudimos permanecer quietos durante tantos años acechando el momento oportuno, supongo que no hemos

de necesitar hacernos gran violencia para seguir en acecho. La acción colectiva exigió siempre más cordura y más cálculo que la individual; y no aspirando á que venga la República para satisfacer exigencias ni orgullos de partido, sino para que España entre con paso resuelto en la senda de la civilización, no debemos andar con tanteos ni avances; el día que nos movamos, debe ser para ir por ella. ¿Que tarda más ó menos ese día? Esto importa poco, siempre que no sea por desmayos de la voluntad. Si se tratara únicamente de arriesgar la propia persona, para la mayoría de los republicanos sería bueno cualquier instante. Tratándose del porvenir de España, el instante sólo puede ser aquel en que la previsión y el apresto le griten al patriotismo: ¡Ahora!»

A los que preguntan: ¿Qué hacemos?, les digo:

«Lo que debemos hacer; lo que hizo Carnot en la revolución francesa; lo que hizo Prusia antes del 87; apocémosnos, organizar la victoria. No debemos lanzarnos sin todas las de la ley, ni á salga lo que saliere.»

Entretanto, y satisfechos que sean los naturales desahogos de un partido popular, procuremos todos entrar en un período de calma, aun cuando sea aparente, que permita á nuestros organismos dedicarse á labor más fructífera que la de acallar chismes de comité ó refrenar ambiciones de los recién llegados; reducir á su más mínima expresión los actos que sólo tienden á mantener vivo el espíritu republicano, del cual habría que desconfiar un poco, si necesitara perpetuamente el acicate del viva, del mitin, y del discurso sin enseñanza ni finalidad; responder todos á la excitación pública del jefe que el partido se ha dado, en la medida que su conciencia de republicanos y su deber de patriotas les ordene.

Y aquellos que, sin datos para juzgar, necesiten uno para saber á qué atenerse, fíjense en este:

Si después de haber cumplido cada republicano con su deber, en todos los aspectos á su alcance, alguien se olvidare del suyo, nadie con más dureza que yo lo combatiría; pero mientras ese caso no llegue, ninguno lo apoyará como yo.

Y cuando algún republicano sienta impaciencias, que se pongan honradamente la mano sobre el pecho, y se pregunte:

«¿He hecho yo cuanto podía y debía desde el 25 de Marzo acá, para que no se me pueda tachar de revolucionario romántico ó de republicano decorativo? ¿Estoy en el sacrificio á la altura del deseo que me acucia de ver establecida la República?»

Y sólo pudiendo contestarse afirmativamente tendrá derecho, no á juzgar la conducta de nadie, sino á pensar que, si hubieran cumplido todos como él, acaso no habría llegado ninguno á sentir esas impaciencias que supimos todos ocultar cuidadosamente en momentos



que hubieran tenido verdadera justificación patriótica.

Y no prosigo, por si pudiera llevarme más lejos de lo que hoy conviene el propósito de convencer á los desafortunadamente impacientes de que, *sin el esfuerzo de todos*, prestado noble, oportuna, *callada y desinteresadamente*, será punto menos que imposible realizar la labor titánica que nos hemos impuesto.

1904.

### Cada cual para lo suyo

Hay quien cree que los polizontes, mientras más canallas y presidiabiles sean, mejores servicios pueden prestar, porque conocen y saben las mañas de los presidiarios y los canallas.

Y hay quien cree, yo entre ellos, que cuanto más dignos y decentes fueran, mejor garantizarían el reposo de la gente honrada.

Igual en política.

Por esto de que las revoluciones no se hacen con arzobispos, acéptanse y utilízanse los servicios de hombres á quienes en sociedad no se les daría la mano.

Enhorabuena; mas téngase en cuenta que no todos sirven para lo mismo, y que bien pudiera uno prestar servicios apreciables sin inspirar confianza por esto.

Tal hombre puede servir para desempeñar una comisión peligrosa, cuál para echarse al campo; mas no por esto deben adquirir otra influencia que la dimanada de los actos que ejecuten.

Para atraer, iniciar ó dirigir, deben buscarse hombres que acaso no sirvan para lo que los otros, mas sí para tales empleos; y sobre todo que inspiren confianza á las personas con quienes hayan de tratar, por su talento, su posición, su historia ó su importancia política.

Hay hombres que quitan más que dan, por mucho que den, y que se llevan más que traen, por mucho que traigan; de ahí la necesidad de impedir que rebasen la línea marcada á sus aptitudes.

El inconveniente de utilizar á los hombres fuera del círculo de sus aptitudes, está en que lleguen á creerse que es verdadera su importancia prestada, y se ensoberbecen, ofendan á los buenos, alejan á los probados y descorazonen á los que se nos acercan animados del mejor deseo.

En cada hombre de consecuencia ven un enemigo y en cada inteligente un adversario; de ahí las insidias, las calumnias esparcidas contra quienes sólo han cometido el delito de valer más que ellos y abrigar propósitos más altos.

No tienen ellos toda la culpa, sino los que por prudencia callan, por falsas conveniencias de partido transigen, ó por miedo aplauden. Tuvieran todos las salvadoras osadías de la honradez, y no serían posibles ciertos encumbramientos.

No se olvide, pues, que tanto más prestigio y respeto inspira el que manda, cuanto más vale aquel que lo representa.

1890

## Pensamientos

¿Cómo explicar que en esa conciencia que debiera sobrevivirnos, el infinito que precede á nuestro nacimiento no haya dejado ningún rastro? ¿No teníamos noción alguna en ese infinito, ó la hemos perdido al venir á la tierra? Y la catástrofe que constituye todo el terror de la muerte ¿se habría realizado en el instante mismo de nuestro nacimiento? No se sabría negar que ese infinito tenga sobre nosotros los mismos derechos que el que sigue á nuestra muerte. Somos los hijos tanto del primero como del segundo, y participamos necesariamente de ambos. Si sosteniéramos que seréis siempre, tenéis que admitir que sois desde siempre: no se puede concebir el uno sin estar obligado á concebir el otro. Si nada acaba, nada empieza, puesto que ese principio sería el fin de algo. Pues bien, aunque yo exista desde siempre, no tengo conciencia alguna de mi existencia anterior; mientras que tendré que llevar, hasta los horizontes sin límites de los siglos sin fin, la pequeña conciencia adquirida durante el momento que transcurre entre mi nacimiento y mi muerte. Mi verdadero yo, que va á hacerse eterno, no dataría, pues, sino desde mi breve pasaje sobre esta tierra; toda la eternidad anterior, que vale exactamente lo que la seguirá, puesto que es la misma, ¿no tendría, pues, valor ninguno y sería arrojada al caos? ¿De dónde viene ese extraño privilegio acordado á algunos días insignificantes pasados en un planeta sin importancia?

Es muy probable que nadie en este mundo, ni tal vez en el otro, descubrirá el gran secreto del Universo. Y, por poco que se reflexione, es una dicha muy grande que así sea. No solamente tenemos que resignarnos á vivir en lo incomprendible, sino que alegrarnos de no poder salir de él. Si ya no hubiese problemas insolubles ni enigmas impenetrables, el infinito no sería infinito; y entonces si que habría que maldecir para siempre el destino que nos hubiese puesto en un Universo proporcionado á nuestra inteligencia. Todo cuanto existe no sería más que una cárcel sin salida, un mal y un error irremediables. Lo ignoto y lo incognoscible son y siempre serán necesarios á nuestra dicha. En todo caso, no le desearía á mi peor enemigo, aunque su inteligencia fuese mil veces más alta y más poderosa que la mía, verse eternamente condenado á vivir en un mundo del que hubiera sorprendido un secreto esencial y del que, siendo hombre, hubiera empezado á comprender alguna cosa.

MAETERLINCK

## LA CONFESION

Lo que de ella opinan grandes escritores:

\*\*

«En el confesonario, los sacerdotes enseñan á las muchachas más picardías que

las que todos los mozos de la aldea podrían hacerles.»

«Los asesinos de los Sforza, de los Médici, de los príncipes de Orange, de los reyes de Francia, se preparaban al regicidio por el sacramento de la confesión. Luis XI, la Brinvilliers, se confesaban con mucha frecuencia, así como los glotones toman medicinas para poder comer más.

VOLTAIRE

\*\*

El día en que la Iglesia impuso el celibato á sus sacerdotes, creó en la humanidad un género de pasiones extrañas, enfermizas é intolerables.

JORGE SAND

\*\*

La confesión autoriza el crimen por la seguridad de ser abusado.

SAINT EVREMOND

\*\*

Por la confesión, llevada á donde se la lleva actualmente, hay que revelar al sacerdote las acciones más íntimas, *aún las del lecho conyugal*.

Basta eso para hacer apreciar la bondad de la institución; y se ha visto más de una vez la sonrisa irónica del confesor pasar del rostro del marido al de la infeliz esposa, que se ruborizaba de su pulor ofendido.

EDGAR MONTIEL

\*\*

La Edad Media veía en el confesonario una empresa de lavado, que permitía ensuciar la ropa tanto más cuanto mayor era la facilidad para limpiarla.

EUGENIO PELLETAN

\*\*

Viviendo en el mundo, en medio de la sociedad, los sacerdotes están más expuestos que los religiosos enclaustrados á experimentar las excitaciones y las necesidades carnales como los demás hombres. La intensidad del confesonario especialmente crea para ellos un terrible peligro más.

DR. L. GARNIEN

\*\*

Al pensar en las preguntas que en la confesión se permite el confesor dirigir á los sirvientes sobre la conducta de sus amos, á los niños sobre la conducta de sus padres, se concibe la turbación que de ello debe resultar en la sociedad.

CONDE DE MONTLOSIER

## La celda núm 7.

Precio: DOS pesetas

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

DOS PUNTAS

LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS  
Una peseta.



# Los peregrinos

POR  
ROBERTO ROBERT

En una carta dirigida al Papa y á los obispos recomendándoles un peregrino, se les decía: «El dador de la presente es hombre inflamado en el amor divino y no va como otros muchos suelen, á vagamundear.»

Pero esto sola prueba lo que yo decía antes, que alguno malo habla entre ellos; y aunque la carta dice *otros muchos*, ó debe entenderse como expresión hiperbólica, ó también pudo convenirse en que durante una temporada, breve sin duda, hubo otros que corrieron profanamente la tierra en hábito de peregrinos.

Entonces debió ser cuando San Agustín dijo:

«La fe no la constituyen los largos viajes. En cualquier estado podéis elevaros á Dios; mas no peregrinando, sino amando.»

Y esto era en los más bellos siglos de la Iglesia católica.

Es decir... lo que es bello...

La verdad: entonces la Iglesia no poseía riquezas materiales; pero las esperaba de un momento á otro, y ¿qué cosa hay más bella que la esperanza?

Hubo, es claro, sus malas temporadas en lo de los peregrinos; pero eso no quita.

A mediados del siglo VIII escribía San Bonifacio á un arzobispo (creo que al de Cantorbery), y le decía:

«No puedo ocultárolo: la honestidad y el pudor de vuestra Iglesia padece mucho en su buena fama, y este mal no tiene más que un remedio: es menester que se reúna un concilio y prohíba á las monjas y á todas las mujeres sus frecuentes peregrinaciones á Roma, en donde *la mayor parte de ellas* pierden su integridad; tanto que en las Galias y en la Lombardia apenas hay ciudad donde no se hallen peregrinas prostituidas, lo cual es un escándalo para toda la Iglesia.»

Pero, salvo el respeto debido al santo, ¿puede un piadoso criterio tomar al pie de la letra sus palabras? No; lo que aconsejan, al par la religión y la prudencia, es creer que, algo habría de corrupción en las peregrinaciones al escribir San Bonifacio, y que como éste deseaba con ardiente celo verlo todo puro é irrepreensible, cualquiera pequeña falta que empañara el radiante sol del catolicismo, se le figuraba una cosa abominable.

Interpretado el hecho así, ¿podemos perder algo? No; lo único que en todo caso perderíamos serían 170 millones anuales que pagamos al catolicismo; pero en cambio ¿de qué deliciosos consuelos, de qué gratas ilusiones no nos veríamos privados!

La verdad histórica es que á pesar de los escrúpulos del santo, cada día se propagaba más y más el deseo de andar en peregrinación de una parte á otra, y sobre todo cundía la afición á dar limosnas para ermitas, hospitales y santuarios: *quod erat demonstrandum*.

Que hubo algún abuso, cierto; no pretendemos negarlo.

En el año 813 el concilio cabillonense decía:

«Los clérigos viven en el desorden y creen purgarse de todo pecado con sólo ir en peregrinación á Roma ó á Tours; y los laicos se dicen unos á otros que pueden pecar impunemente con tal que después vayan á rezar al pie del sepulcro de San Pedro.»

Y ya que me lo encuentro á mano, para que se vea que no oculto lo que podría ser desfavorable á mi tesis, diré que según el célebre Fleury en su discurso sobre la historia eclesiástica, la Iglesia, en los siglos sucesivos, creyó que aquel modo de redimir los pecados no era del todo eficaz, y que los mayores crímenes, y hasta las horribles atrocidades de los facinerosos armados, que ponían en peligro la existencia de la sociedad, todo se expiaba haciendo un viaje á Jerusalén.

El piadoso Gregorio de Tour refiere con la mayor sencillez una anécdota sobre cierto peregrino...

Dice en sustancia que vió llegar á un anglo sajón, hombre de continente austero, muy parco en la comida y sin más abrigo que unas pieles de oveja sin lana...

«Tan religioso nos pareció á todos (dicen), que le honramos con la dignidad de sacerdote, á fin de que permaneciese más tiempo en nuestra compañía.»

Desgraciadamente aquel austero peregrino murió á consecuencia del abuso de las bebidas.

Pero ¿y qué? pregunto yo. ¿Por ventura no se ha dicho siempre que debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor?

¿Y sabemos siquiera si el anglo-sajón bebía más ó menos antes de ser peregrino?

Lo natural es que antes bebiese más, porque tendría dinero y ropas que vender, y que una vez agotados los recursos, se haría peregrino y por consiguiénte bebería menos.

Ahora bien: concedamos que aquel anglo-sajón comiera poco, no por sobriedad, sino porque las bebidas fermentadas le quitasen el apetito; admitamos que si iba casi desnudo no fuese por penitencia, sino por haberse vendido el traje para

comprar vino. ¿Qué prueba un hecho aislado? Nada absolutamente; las cosas piadosas hay que mirarlas así: en conjunto, en conjunto.

Lo cierto es que en aquellas peregrinaciones se juntaban multitudes innumerables de fieles; que los más poéticos personajes de los tiempos pasados se encontraban yendo y viniendo de Roma, de Jerusalén y de Santiago de Galicia, y que tal parecía un paupérrimo peregrino y era nada menos que un barón feudal y, acaso, un emperador.

El peregrinar personas poderosas acabó de dar impulso á las fundaciones de hospicios ó posadas.

Ludovico Pío fundó uno en el Montecenis, y en lo más encumbrado de las montañas era muy frecuente encontrar quien diese abrigo y alguna friolera para calentar el estómago.

En el siglo IX ya el emperador Luis II mandó dinero con que reparar muchos de aquellos albergues.

En el siglo X se fundaron los hospicios del monte de San Bernardo.

Y sucedió lo que debía de suceder.

Cuanto más crecía la afición á las peregrinaciones sagradas, más limosnas se pedían y recogían para los monasterios; en todas esas santas casas se descubrían reliquias también santas que atraían gentes, y se suscitó una competencia de milagros, que los hizo descender á una baratura extraordinaria; y eso que cada monasterio podía decir con orgullo: Véase la clase, caballeros.

El obispo de Módena, que en el siglo X escribió la vida de San Geminiano, dice que acudía á adorar el sepulcro del santo gran muche tumbre de gente de los campos y las ciudades, atraídas por *cotidianos milagros*.

Quizá no hubo nunca más fe en los hombres y más dinero en los templos.

El gran Canuto, dominador del Norte, y célebre por su ferocidad, no sabía cómo arreglárselas para que sus pueblos permanecieran dóciles y sumisos bajo su imperio.

Oyó decir que para tener á los súbditos bien sujetos no había remedio mejor que encerrarlos dentro del catolicismo, y en efecto, se enteró, y le pareció tan bien, que de golpe y porrazo declaró católicos á sus dinamarqueses.

Este hombre extraordinario peregrinó á Roma, desde donde escribió á sus súbditos que en lo sucesivo les gobernaría con suavidad y blandura.

(Continuad.)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID